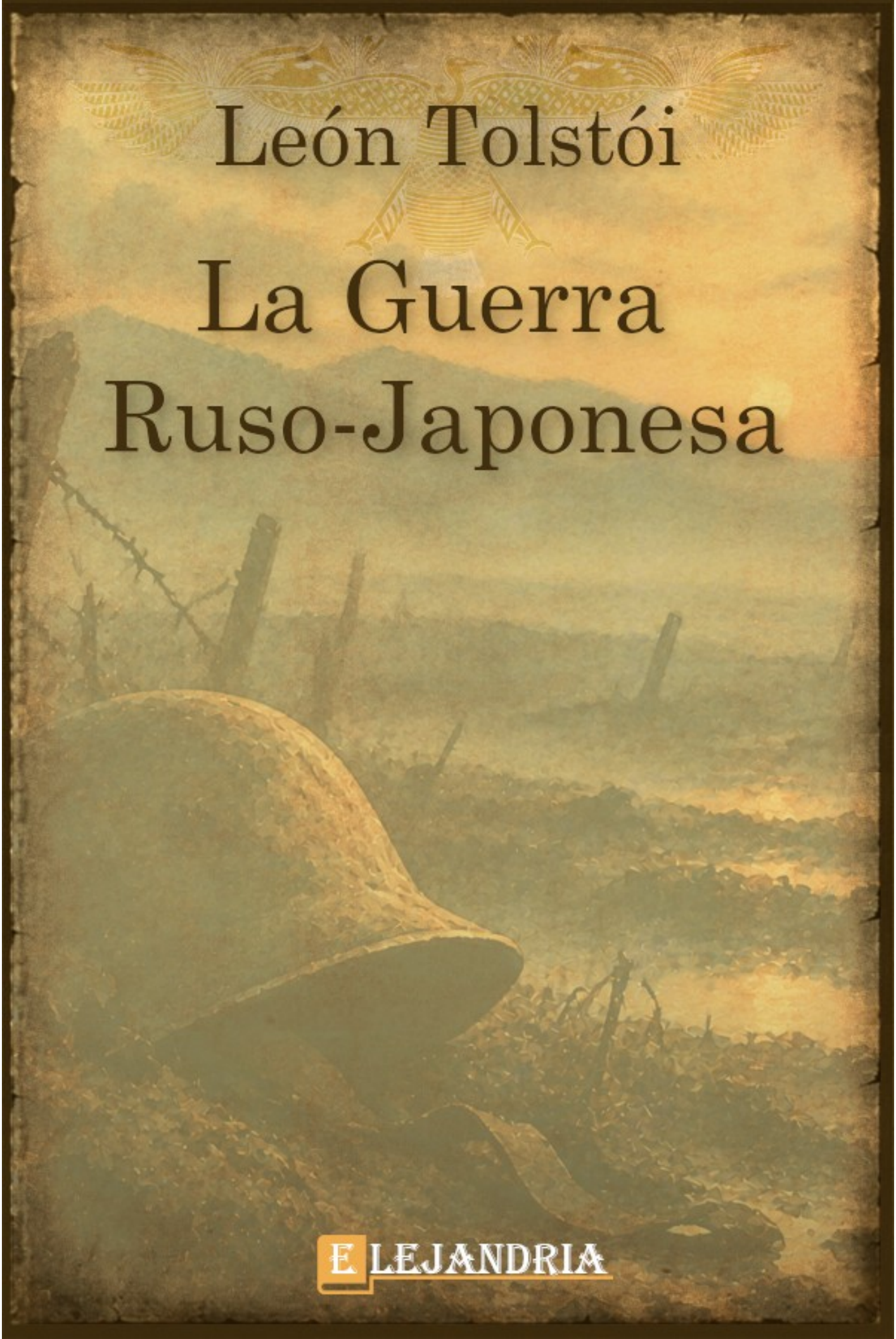
León Tolstói

La Guerra Ruso-Japonesa



ELEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

LA GUERRA RUSO-JAPONESA

LEÓN TOLSTÓI

PUBLICADO: 1904
FUENTE: BNE DIGITAL
TRADUCCIÓN: CARMEN DE BURGOS SEGUÍ
EDICIÓN ORIGINAL: SEMPERE, VALENCIA, 1904

La guerra actual

¿Cómo mostrarse indiferente ante semejante conflicto? ¿Cómo no sentir interés ante esta guerra y no importa cuál otra guerra que pueda estallar?… No hay un motivo mayor de aflicción como estas batallas entre los hombres.

Háblase de luchas de pueblos, de conflictos entre razas, de consecuencias que pueda traer la victoria de una u otra… ¿Pero qué importa todo esto? Yo no distingo de razas. Yo estoy siempre por *el hombre*, bien sea ruso, bien sea japonés. Yo estoy por el obrero, por el oprimido, por el desgraciado, que pertenece a todas las razas. Y ocurra lo que ocurra, ¿qué es lo que sacará él como ganancia de este choque de los pueblos?

Esta guerra muestra dolorosamente hasta qué punto los hombres olvidan la noción de su deber.

¡Cumplir el deber! ¿Saben ellos solamente lo que estas palabras significan?… Por encima de los deberes que tienen los hombres con la familia, la patria y la sociedad, está su deber con Dios, y si la palabra repugna, con el Todo, con una gran *T*. Este Todo, que yo llamo Dios, está por encima de las controversias individuales. Haga yo lo que haga, nada puedo hacer que no pertenezca a un conjunto, pues yo no soy más que una parte de una gran armonía. La conciencia que yo tengo de la relación de mi ser con esta armonía, es lo que se llama habitualmente espíritu religioso, y esta conciencia es la que nos dicta los deberes.

Pero estas nociones esenciales los hombres las olvidan. ¿Es que acaso leen alguna vez con el corazón el libro de los libros, el Evangelio?… Ellos se obstinan en permanecer en el estado de barbarie. Y nosotros les vemos,

por causa de esto, comprometerse deliberadamente en guerras vergonzosas, sin decirse que el primer deber, el deber más esencial de los seres que piensan, es el de abolir la guerra.

Pero los hombres van como locos, como máquinas ciegas, que ruedan, rugen y destruyen al azar.

El sentimiento de la responsabilidad no se ve por parte alguna. Y cada uno transporta sobre el vecino el peso de sus propias faltas.

Si yo fuera emperador, ministro, periodista, soldado, yo me diría: ¿Tienes tú el derecho de ordenar la guerra, o de seguirla, o de aconsejarla, o de impulsarla, o de aceptarla y servirla?… No; ocurra lo que ocurra, bajo ningún pretexto y por la causa que sea, tú no tienes ese derecho, pues no existe una guerra, una tan sola, que valga el sacrificio de una sola vida humana ni el gasto de un solo *kopék*. Emperador, ministro, periodista, soldado, tú eres un hombre; nada más que un hombre. Tú has sido arrojado sobre la tierra para un fin superior y para cumplir una misión que no llenarás por entero, ya que eres débil, pero hacia el cumplimiento de la cual debes marchar sin reposo. Tú faltas a esta misión y reniegas de tu destino si ordenas la violencia, si la provocas o la preparas o la excusas o te prestas a su cumplimiento. No hay en la vida una ley superior a la repugnancia que inspira el asesinato.

Y cuando yo me digo esto, aunque fuese emperador, ministro, periodista o soldado; antes que aceptar la más pequeña parte de responsabilidad, por ínfima que esta fuese, en el hecho de la guerra, yo me rebelaría, guardando, con la conciencia de mi deber, la voluntad para cumplirlo.

Si de mí dependiese la guerra, yo abandonaría a los japoneses Petersburgo, Moscou, Yasnaïa Poliana, donde está mi hogar, todo lo que ellos exigieran… Pero ¡ay! ¿quién piensa ahora en el deber? ¿quién piensa ahora en la razón? Hay una cosa más triste aún, si esto es posible, que el espectáculo de la guerra; y es el espectáculo de la quiebra de la razón humana.

Sé bien que muchos excusan la guerra como favorable para el progreso humano, y dicen que, mediante ella, los hombres que gozan el privilegio de

una civilización adelantada, aprovechan su fuerza atractiva para arrastrar a los que vienen en el atraso.

Así es como se razona hoy día, como razonan al menos muchas personas de pretendida sabiduría, y este razonamiento es cómodo para justificar todas las empresas, así las buenas como las perversas.

Yo admito, sin embargo, este razonamiento. Yo consiento en aceptar que la civilización lleva en ella una fuerza activa y educadora. Pero yo pregunto: ¿dónde reside la civilización? ¿Por qué queréis que forzosamente la coloque yo en Europa? ¡Porque los europeos, que se han creado contra las voluntades naturales muchas necesidades artificiales, ocupan su genio en satisfacerlas! ¡Porque han inventado los caminos de hierro, el telégrafo y un sinnúmero de cosas más!… Pues todas estas adquisiciones de la pretendida civilización, me parecen invenciones propias de la barbarie. Ellas sirven y adulan los más bajos instintos del hombre. Al revés de los que creen que ellas le confieren cierta superioridad moral, yo veo, al contrario, que el empleo que dé el hombre a su inteligencia es casi siempre en favor del mal, no del bien.

Se me dirá que el hombre civilizado no crea únicamente instrumentos de guerra, sino instrumentos para la comodidad material; y se me dirá, sobre todo, que crean las máquinas que ayudan al hombre en sus duros trabajos. Esto último es cierto; ¿pero por qué hay trabajos duros, sino porque el hombre se ha creado necesidades violentas? Limitad vuestras necesidades y ahorraréis fatigas mortales y sin número a una multitud de vuestros semejantes.

¿De qué utilidad me son el tapiz que cubre la mesa en que escribo, los adornos de la sala en que estoy, y todo el *confort* que me rodea? ¿No sería yo capaz de seguir subsistiendo si me viera privado de todo esto?… Y sin embargo, es para proporcionarme este bienestar superfluo; que hombres y más hombres, generaciones enteras, han penado y sufrido, padeciendo toda clase de dolores. ¿Por qué? Porque yo soy «un hombre civilizado». La felicidad humana y la verdadera libertad consisten en domar los apetitos; y las invenciones modernas, aguzando y excitando estos apetitos, no logran otra cosa que perpetuar la esclavitud.

Hay quien dice que en la presente guerra, ya que uno u otro pueblo ha de ser el vencedor, la justicia demanda que el Japón sea el vencido, ya que los japoneses fueron los primeros en agredir.

Los que así hablan, ¿están verdaderamente seguros de que el Japón haya sido el agresor?

¿Cuál es el verdadero responsable, el que dispara el primer cañonazo o aquel que ha exasperado antes al adversario, impulsándolo a una desesperada violencia?

Entre la Rusia y el Japón, ¿quién podrá determinar la escala y los límites de los mutuos engaños?…

Estoy pronto a reconocer que si la Rusia, sin derecho alguno, ha ocupado la Mandchuria, sin derecho alguno también, pretende intervenir en ella el Japón, y reconozco igualmente que el mikado no tiene ninguna razón aceptable para mezclarse en un asunto que solo interesa a Rusia y a China… Pero existe la Corea, y es por la Corea por la que los japoneses han emprendido la lucha. Si los rusos no hubieran mostrado el deseo de introducirse en este país, si no existieran por debajo de los actuales sucesos (a juzgar por lo que me han contado), ciertas historias de adquisiciones agrícolas, sostenidas por la corte rusa, es muy probable que el Japón no hubiese osado comenzar. Y si todo lo que ha precedido al período activo de las hostilidades fuese conocido en detalle, se vería, sin duda alguna, que hay lugar para hacer un reparto más equitativo de responsabilidades, no tocándole la menor parte a la Rusia.

Pero todas las consideraciones sobre el porqué y el cómo de esta guerra, son para mí secundarias. Un solo hecho me interesa: ¿esta guerra avanzará o retardará la hora de la paz humana? Indudablemente la retardará, y esto es lo que debe constituir nuestra aflicción. Lo demás no debe importarnos. Yo sé de muchos rusos que aspirando a la libertad y revolviéndose bajo el peso odioso del régimen sostienen esta tesis. Ellos dicen que la derrota final de los ejércitos rusos no atacaría ni el prestigio ni a las fuerzas vitales de la inmensa población de Rusia, sino que por el contrario, daría como resultado la debilidad y el decaimiento del régimen actual. Añaden que aunque la guerra terminase felizmente, produciría, por repercusión, un enardecimiento

de las indolentes masas populares, y que en uno o en otro caso conviene estar atentos para recoger los beneficios de la guerra.

He aquí un razonamiento pobre, un método simple digno de desprecio. Del mal no puede surgir más que el mal, y para el filósofo, la guerra no será nunca una condición necesaria de la paz. La Rusia no es más que una parte del Universo habitado. Por encima de ella está la humanidad: por encima de la humanidad está el principio de la vida; y es el atentado que se realiza contra el principio de la vida y la ley eterna lo que hay que considerar.

Contempladas las cosas desde esta altura, ¿qué nos puede importar la suerte particularísima de la Rusia? ¿Vamos acaso a subordinar a ella los intereses esenciales de la vida, y los imprescriptibles deberes morales? ¿Olvidaremos, acaso, por el interés de Rusia, que toda batalla que se libra en un punto del universo despierta sobre el universo entero repercusiones terribles y que mucho más allá de adonde llegan las balas y los obuses, ella esparce sobre toda la tierra el contagio de la muerte?…

Todos los razonamientos en favor de la actual guerra son pueriles. Cuando yo oigo lo que dicen muchos rusos ciegos, pienso en un asesino que, habiendo deliberado fríamente herir a cualquiera, vacilase en el último momento y suspendiera el golpe por miedo a manchar el traje de la víctima.

La humanidad y la civilización sufrirán lo mismo si triunfan los rusos que si triunfan los japoneses.

Dicen muchísimos que el Japón es un pueblo bárbaro y que su civilización es aparente; algo así como una decoración de día de fiesta. Añaden que lo único que han tomado de Europa son sus cañones, sus acorazados, sus organizaciones militares y políticas, armas, en fin, para batirse mejor. ¿Son realmente los japoneses tales como los pintan? Yo no los creo así y quisiera que me diesen la demostración de lo contrario. Ellos son como son; he aquí todo, con las mismas cualidades y defectos comunes a los otros hombres. ¿Decís que ellos han tomado de la civilización occidental lo que esta tiene de peor? ¡Ah!, es bien posible. Hay un autor que yo veo con frecuencia; es Pascal. Y Pascal ha escrito esto: «No se imita la castidad de Alejandro el Conquistador, pero se busca imitarle en sus conquistas». Del mismo modo, es muy probable que el Japón no haya imitado hasta ahora a Europa más

que en sus defectos. Pero al menos guarda sus caracteres propios y persigue su evolución como nosotros perseguimos la nuestra. Estad seguros de que su turno llegará, y entonces se desarrollará y perfeccionará según la ley general.

¿Y por qué los japoneses han de ser un pueblo inferior, como pretenden algunos? Yo los considero poco más o menos en la misma situación que estaban los rusos bajo Catalina II. Acaban de salir de la barbarie y se emancipan de la servidumbre. Siguen su marcha y adquieren conciencia de lo que son y valen. ¿Hay algo más legítimo? ¿Con qué derecho el Occidente puede oponerles obstáculos? ¿Con qué pretexto lícito se puede impedir su desarrollo?… Pero no es por esto por lo que se osa censurarles. Se les ataca de costado y se hace presa en sus debilidades. Por esto se hace burla, a falta de mejores argumentos, de que en el Japón se nombren duques, marqueses y barones. ¡Hermosa justicia! ¿Es que acaso entre nosotros se conocían nobles antes de Pedro el Grande? ¿A quién debe su existencia la nobleza rusa sino a este emperador?… Yo soy conde, ¿y por qué soy yo conde? Porque el primero de mi familia lo fue. ¿Y por qué un japonés de talento, como Mr. Ito, no ha de ser tan marqués como yo soy conde?…

A falta de otras razones se alega que la raza amarilla marcha a gran retraso de la blanca, y se añade que la simpatía del blanco debe estar al lado del combatiente blanco. Esto es sencillamente falto de toda razón. Se pregunta dónde están los progresos de la raza amarilla, fijándose en la China, cuya evolución parece estancada después de millares de años.

Pero nosotros, los europeos, conocemos muy mal el mundo asiático. ¿Quién lo ha estudiado, quién ha penetrado en él, excitando su conciencia? Yo veo que los chinos y los indos no son pueblos guerreros; que ellos desprecian la guerra y a aquellos que la hacen; que su Budha estipula como regla esencial la prohibición de dar la muerte aunque sea a un insecto. Esto es algo: esto representa una superioridad verdadera sobre nosotros. Yo veo que ellos no matan. Yo veo, en los relatos de los viajeros, que ellos son leales en

sus negocios, que respetan su palabra y no mienten jamás. He aquí otra cosa que no es muy común en Europa.

Reconozco imparcialmente que en muchas cosas son bárbaros y que practican la tortura contra sus semejantes. ¿Cómo explicarse esto?… Pero sus filósofos han formulado pensamientos eternos.

Recordad a Confucio y a Budha. ¿Hay en la historia de la humanidad pensadores, moralistas y apóstoles, que sean más generosos y más nobles que estos? Pues los dos eran de raza amarilla.

Y si los japoneses son crueles, ¿no lo somos nosotros también? ¿Se ha hecho la cuenta de las atrocidades inscriptas en el pasivo de este mundo que pretende ser civilizado? Una dama amiga mía me ha contado un hecho horrible ocurrido en la Mandchuria. Fue durante la construcción del ferrocarril Transiberiano. Un día se descubre no sé qué atentado contra los trabajos de la línea. Los culpables son desconocidos y no dejan rastro alguno. La autoridad abre una información que no da resultado. Pero como para la autoridad no es tolerable que un hecho penado quede impune, y como para ella es necesario castigar, sea al que sea, se prende a capricho a cuarenta chinos de los alrededores. Se les hace entrega de palos y de picos, y se les obliga a abrir un gran foso. Cuando el foso está terminado, se les coloca en línea a lo largo de sus bordes. Después, a una señal, una tropa de cosacos se precipita sobre ellos, y con los pies, con los puños, a sablazos, a golpes de culata y de látigo, los hacen caer en el agujero, y muertos o heridos, sin reparar en que los más de ellos aún viven, se les cubre de tierra hasta rellenar el foso y se nivela el suelo… Tal vez allí crezcan ahora nabos y remolachas que servirán para nutrir nuestros ejércitos. ¡He aquí nuestra civilización!

¿Cómo decir, pues, que la civilización ganará algo con el triunfo de la Rusia o del Japón? ¿Dónde está la civilización? ¿Está con los amarillos? ¿Está con los blancos? ¿Dónde se ven sus actos? ¿Dónde se tocan sus resultados en Europa? ¿Es que el mundo avanza o es que retrocede?… Hay horas en que se siente agonía al proponerse esta cuestión.

Los pueblos europeos aparecen con toda su barbarie cuando intentan colonizar a los que consideran salvajes. Francia, Alemania, Rusia, Italia, la misma Inglaterra en el asunto del Transvaal; todas las naciones proceden de igual modo. ¿Dónde encontrar un pensamiento de verdadera civilización en la obra colonizadora de Europa?

Las invenciones modernas no prueban nada en favor del desenvolvimiento de la moralidad humana. Yo no soy muy sensible para los caminos de hierro, el telégrafo, el teléfono y todas esas conquistas, por las cuales, el hombre piensa demostrar el progreso, y que no atestiguan en él más que un egoísmo refinado.

Nosotros nos asombramos ante las Pirámides, preguntándonos con extrañeza:—«¿Con qué fin se realizaron estos prodigiosos amontonamientos de piedras?…»

Y bien; todas esas invenciones de la civilización son nuestras Pirámides. Tal vez dentro de algunos miles de años vendrá un pueblo que al encontrar sus vestigios, se dirá:—«¿Qué gentes eran aquellas tan singulares, que se imaginaban que el ir rápidamente de un punto a otro era una función esencial de la vida?…» Y ese pueblo tendrá razón. Yo no he comprendido nunca la utilidad de los viajes.

Los viajes, cuando no tienen un fin inmediato de trabajo, solo sirven para que los hombres pierdan su tiempo. No es cierto que influyan sobre el pensamiento. El verdadero pensador es planta que crece entre las rocas salvajes. Se nutre de sí mismo y es el producto de su propia substancia. Epicteto, Sócrates y Platón, no iban en ferrocarril. Spinoza vivía en su agujero; Descartes junto a su estufa y Kant era un solitario. El pensamiento es la obra suprema del trabajo, y el trabajo no es posible ni fecundo más que en el silencio y el retiro.

Algunos se preguntan con horror cuál sería la suerte de Rusia si los hombres arrancados al trabajo por la movilización militar se negasen a tomar las armas y a hacer la guerra.

Yo declaro que esto sería una gran victoria para la civilización y la humanidad. Mi conciencia me dice que el matar, sea cual fuere la forma de que se revista y el pretexto que lo encubra, es execrable; que la guerra es una vergüenza monstruosa, una aberración sanguinaria, y que todo el que prepara la guerra es digno de condenación.

No; no hay nada más vergonzoso que ese servicio militar obligatorio, que alista a todos los hombres contra su voluntad a la edad de la ternura para

trabajo de criminales. ¡Jamás ha visto el mundo nada semejante! En los bárbaros tiempos de Gengis-khan no mataban más que aquellos que tenían afición a la carnicería. Las gentes gozaban el derecho de quedarse en sus casas, de cultivar sus tierras, de vivir en paz, de soñar, de hacer el bien.

El mundo moderno, vuestro mundo civilizado, es más feroz que Gengis-khan. A todo hombre le pone un fusil en las manos; a todo hombre le da la orden de matar; y si el hombre arroja su arma y rehúsa ser homicida, se le trata como si fuese un delincuente. ¿Cómo aceptar esto? ¿Cómo no se rebelan las conciencias? ¿Cómo no se fija el mundo en el escándalo de esta tiranía asesinadora?… ¿Y qué hacer, qué intentar, mientras dure este estado de cosas? ¿Cómo ennoblecer las almas mientras ellas se encorven bajo tal servidumbre? Esto produce inmensa aflicción. No, no; basta de compromisos con el servicio militar. Todo hombre, sea quien sea, si tiene la noción de su deber y el respeto de su conciencia, debe ante todo y cueste lo que le cueste rehusar tal servidumbre.

Si en la vida normal se propone a cualquier persona que coja un cuchillo y asesine al primer desconocido que pase por la calle, no lo hará, porque moralmente le será imposible. Si el deber cristiano estuviera en el fondo de las conciencias, le sería del mismo modo imposible a todo hombre el tomar un fusil y servirse de él contra sus semejantes que ningún daño le han hecho.

¡Ah! Es necesario que yo sea sincero. Yo no me siento en el fondo de mi ser completamente libertado de la noción del patriotismo. Por atavismo, por educación, persisten en mí, contra mi voluntad, los restos de un sentimentalismo egoísta. Me es preciso hacer intervenir a mi razón y recordar mi deber esencial, y entonces es cuando me digo, sin ninguna reserva de mi conciencia, que no existe ninguna razón en el mundo que sea superior a la razón de humanidad.

Esforzándome para hacer amar a los hombres la paz y la concordia, no he soñado, sin embargo, jamás que estas exhortaciones puedan producir frutos inmediatos, yo no he creído nunca que el mundo pueda ser conquistado de un golpe por la fraternidad universal. Es más, si el mundo marchase, ya por el camino de la paz, mi esfuerzo sería pueril y vano.

La guerra actual no es más que una manifestación de la locura homicida de los hombres.

Ella debe afligir a todos los seres de conciencia y de deber sin sorprenderles gran cosa.

El prodigio maravilloso sería que nos fuese dado asistir a la reconciliación definitiva entre los hombres.

León Tolstoy.

Yasnaïa-Poliana, septiembre 1904.

¡HOMBRES, DESPERTAD!

He aquí llegada vuestra hora y el poder de las tinieblas.

San Lucas, XXII, 53

I

Son vuestras iniquidades las que os han separado de vuestro Dios, y son vuestros pecados los que le hicieran volver el rostro por no oíros. Porque vuestras manos están manchadas de sangre y vuestros dedos de iniquidades; vuestros labios han proferido la mentira y vuestra lengua ha dicho cosas perversas. Nadie hay que reprenda por la justicia y nadie que castigue por la verdad; se hace caso de futilidades y se dicen cosas vanas; se concibe el trabajo y se engendra el tormento. Sus obras son obras de iniquidad, y sus manos llevan a cabo actos de violencia. Sus pies corren al mal y se apresuran para derramar la sangre inocente; sus pensamientos son pensamientos de iniquidad; la ruina y la desolación están en su camino. No conocen la senda de la paz, no hay justicia en su camino; sus senderos son senderos apartados; de todos los que andan por ellos, ninguno conoce la paz. He aquí por qué el juicio se ha alejado de nosotros, y la justicia no viene a nosotros; esperábamos la luz, y surgen las tinieblas; deseamos el esplendor, y avanza-

mos en la oscuridad. Caminamos a tientas como los ciegos a lo largo de la pared; caminamos a tientas como los que no tienen ojos; hemos tropezado en pleno mediodía como de noche, y hemos estado en lugares de desolación como los muertos.—(Isaías, LIX).

La guerra es más venerada que nunca. Un artista hábil en esto, un asesino genial, Moltke, respondió un día a los delegados de la paz las siguientes extrañas palabras:

«La guerra es santa, de institución divina; es una de las leyes sagradas del mundo. Sustenta en los hombres todos los grandes, los nobles sentimientos, el honor, el desinterés, la virtud, el valor, y los impide, en una palabra, caer en el repugnante materialismo».

Así, reunirse en rebaños de cuatrocientos mil hombres, caminar día y noche sin descanso, no pensar en nada, ni leer nada, no ser útil a nadie, pudrirse en su suciedad, acostarse en el fango, vivir como el bruto en una estupidez continua, saquear las ciudades, quemar las aldeas, arruinar los pueblos, encontrar después otra aglomeración de carne humana, caer sobre ella formando lagos de sangre, llanuras de carne apilada, montones de cadáveres, perder los brazos o las piernas, ser muerto sin provecho para ningún nacido, mientras que vuestros viejos padres y vuestros hijos perecen de hambre; he ahí a lo que se llama no caer en el más repugnante materialismo.—(Guy de Maupassant).

Nos limitaremos a recordar que los diferentes Estados de Europa, han acumulado una deuda de ciento treinta mil millones, ciento diez mil de ellos desde hace un siglo, y que esta deuda colosal proviene casi exclusivamente de los gastos de guerra que mantienen en tiempo de paz, a más de cuatro millones de hombres, que pueden convertirse en diecinueve en tiempo de guerra; y que los dos tercios de sus balances son absorbidos por el servicio de la deuda y el sostén de los ejércitos de tierra y mar.—(G. de Molinari).

¡Otra vez la guerra, otra vez los sufrimientos inútiles para todos, provocados por nada! ¡Otra vez la mentira, otra vez el embrutecimiento, la bestialidad de los seres humanos!

Hombres, cientos de miles de hombres, separados por diez mil verstas de distancia, y que son, por una parte, budhistas, cuya ley prohíbe no tan solo el asesinato de los hombres, sino también el de los criminales, y por otro lado, cristianos, que profesan la fe de la fraternidad y el amor. Estos hombres, lo mismo que las fieras, se persiguen unos a otros por tierra y por mar, para matarse, para mutilarse del modo más cruel.

¿Qué es esto? ¿Es sueño o realidad?…

En presencia de esto se quiere creer que es un sueño y se desea despertar. Pero no, no es un sueño, es la realidad terrible.

Háblese a un japonés pobre, ignorante, engañado, a quien se haya hecho creer que el budhismo no consiste en la compasión por todo ser vivo, sino que consiste en hacer sacrificios a los ídolos, o a un pobre muchacho, de Nijní-Novgorod, sin ilustración, a quien se haya enseñado que el cristianismo consiste en la adoración del Cristo, de la madre de Dios, de los santos y de sus imágenes, y, en rigor, podrá comprenderse que esos desgraciados, conducidos por una violencia secular y por el engaño a considerar bueno el mayor crimen del mundo, o sea el asesinato de sus semejantes, puedan cometer ese acto afrentoso sin creerse culpables.

Pero ¿cómo los hombres que se creen ilustrados pueden propagar la guerra, contribuir a su establecimiento, tomar parte en ella, y lo que es aún más terrible, sin exponerse a los peligros de la guerra, empujar y enviar al combate a muchos infelices hermanos engañados?

Estas gentes, mal llamadas ilustradas (aun sin hablar de la ley cristiana, si es que la profesan), no pueden ignorar todo lo que fue y lo que está escrito, todo lo que dijo y quedó dicho de la crueldad, de la inutilidad y de la barbarie de la guerra.

Si esas gentes son llamadas ilustradas es justamente porque saben todo eso. La mayor parte han escrito o hablado del asunto.

Sin mencionar la Conferencia de la Haya, acogida con la aprobación general, y de los libros, folletos, artículos de periódicos y discursos en que se considera la posibilidad de resolver las diferencias internacionales por medio de un tribunal internacional, los hombres ilustrados no pueden ignorar que los armamentos generales de los Estados, unos contra otros, deben inevitablemente arrastrarlos a las guerras sin fin, o a la bancarrota general; o

bien a las dos cosas. No pueden ignorar que, además del gasto loco, insensato, de millones de rublos, es decir, del trabajo de los hombres, para el sostenimiento de la guerra y sus preparativos, en la guerra misma perecen miles de hombres, los más enérgicos, los más fuertes y en la mejor edad para el trabajo productivo. Las guerras del siglo pasado costaron la vida a catorce millones de hombres.

Las gentes ilustradas no pueden ignorar que los pretextos de las guerras son siempre tales, que no valen la pena de que por ellos se gaste una sola vida humana, ni siquiera una centésima parte de los medios gastados actualmente en la guerra. La lucha por la emancipación de los negros costó a los Estados Unidos mucho más que hubiera podido costar la compra de todos los negros del Sur.

Saben todos lo principal: que las guerras provocan en el hombre las pasiones más bajas, más groseras, le depravan y le embrutecen. Todos conocen la futilidad de los pretextos que José de Maistre, Moltke y otros invocaron en favor de las guerras. Casi todos se basan en el sofisma de que en toda calamidad humana se puede encontrar un lado ventajoso, o en la afirmación arbitraria de que siempre hubo guerras, y las habrá siempre, como si las malas acciones de los hombres pudieran justificarse por las ventajas y la utilidad que procuran, o porque fueron cometidas en todo tiempo.

Todos los hombres que se llaman ilustrados saben esto. ¡Y de repente la guerra estalla! Y todo esto es olvidado instantáneamente, y hasta los hombres que, el día antes, demostraban la crueldad, la inutilidad y la locura de las guerras, hoy no emplean sus pensamientos, sus palabras y sus escritos, sino en los medios de matar hombres, de despilfarrar, de aniquilar la mayor cantidad de trabajo humano, de atizar todo lo posible las pasiones y el odio en esos hombres pacíficos y laboriosos que con su trabajo alimentan, visten, mantienen a esos mismos hombres—llamados ilustrados—los cuales, en cambio, les obligan a cometer actos terribles contrarios a su conciencia, al bien y a la religión.

II

La sinrazón de las guerras modernas se llama interés dinástico, nacionalidad, equilibrio europeo, honor. Este motivo último del honor es tal vez el más extravagante de todos, porque no hay en el mundo un pueblo que no esté manchado con todos los crímenes y cubierto de todas las vergüenzas. No hay uno que no haya sufrido todas las humillaciones que la fortuna puede imponer a un miserable rebaño de hombres. No obstante, si todavía subsiste un honor en los pueblos, resulta un extraño medio para sostenerlo el hacer la guerra, es decir, cometer todos los crímenes por los cuales un ciudadano se deshonra: incendio, rapiña, violación, asesinato…

Anatolio France

El salvaje instinto del asesinato guerrero tiene muy profundas raíces en el cerebro humano, porque ha sido cuidadosamente cultivado y fomentado desde hace mil años. Nos complacemos en esperar que una humanidad mejor que la nuestra logrará corregirse de este vicio original. Pero ¿qué pensará entonces de esta civilización, mal llamada refinada, y de la cual tan orgullosos estamos? Poco más o menos lo que nosotros pensamos del antiguo Méjico y de su canibalismo guerrero y bestial.

C. Letourneau

En repetidas ocasiones, un príncipe molesta a otro por el temor de que este le ofenda antes a él. A menudo se hace la guerra porque el enemigo es demasiado fuerte; y a menudo porque es demasiado débil. En ocasiones, nuestros vecinos desean lo que nosotros tenemos, o bien poseen aquello de que carecemos nosotros; y venimos entonces a las manos, hasta que ellos se apoderan de nuestros bienes o nos abandonan los suyos.

Jonathan Swift

Está ocurriendo algo de incomprensible e imposible por su crueldad, su falsedad y su carácter absurdo. El emperador de Rusia, el mismo que invitó a todos los pueblos a la paz, declara públicamente que, a pesar de todos sus cuidados (cuidados que se expresan por el acaparamiento de tierras extranjeras y el aumento de tropas para la defensa de las tierras acaparadas), en vista del ataque de los japoneses, manda que se haga a los japoneses lo que estos hicieran primeramente a los rusos, es decir, darles muerte. Y proclamando este llamamiento al asesinato, invoca a Dios y pide su bendición para el crimen más horrible.

Una proclama igual contra Rusia ha sido dictada por el emperador del Japón. Los sabios jurisconsultos rusos Muravief y Martens, tratan de demostrar que entre el llamamiento de los pueblos a la paz general que hicieron antes y la provocación a la guerra para el acaparamiento de tierras extranjeras, no hay ninguna contradicción.

Y los diplomáticos publican, en refinada lengua francesa, circulares, en las cuales demuestran con cuidado y en detalle (aun cuando sepan que nadie los cree), que el gobierno no cambia de opinión sino después de todas las tentativas para restablecer relaciones pacíficas (en realidad tentativas para engañar a otros pueblos), y se ve en la necesidad de recurrir al único medio de resolver razonablemente la cuestión, es decir, al asesinato. Y lo mismo escriben los diplomáticos japoneses.

Lo mismo que ellos, los sabios y los filósofos japoneses justifican el asesinato de los hombres de raza blanca.

Los periodistas, con visible alegría, no vacilan ni ante la mentira más evidente y más grosera, y prueban de diversos modos que los rusos tienen razón, que son fuertes y buenos en todo sentido, y que los japoneses hacen mal, son débiles y malos bajo todos conceptos, y que los que son o pueden ser hostiles a los rusos (los americanos y los ingleses) son igualmente malos. Los japoneses y sus partidarios dicen lo propio acerca de los rusos.

Sin hablar de los militares, que, por oficio, se disponen al asesinato, la multitud de las gentes llamadas ilustradas, que no se ve empujada a esto por nada ni por nadie (profesores, empleados, estudiantes, hidalgos, comerciantes) expresan los sentimientos más hostiles y más despreciativos contra los japoneses, los ingleses, los americanos, por quienes hasta el día antes tuvieron simpatía o indiferencia, y sin ninguna necesidad, muestran los senti-

mientos más estúpidos, más serviles, hacia el emperador, que les es, cuando menos, indiferente, le dan seguridades de su fidelidad infinita y se declaran prontos a sacrificar su vida por él.

Y el infeliz soberano, pastor reconocido de un pueblo de ciento treinta millones, siempre engañado y puesto en la necesidad de contradecirse, los cree, les da las gracias y bendice para que asesine mucho al ejército que llama suyo y que defenderá terrenos que con menos derechos todavía llama suyos.

Todos se dan, unos a otros, imágenes religiosas *iconas* feas, en las cuales no solo ninguna persona ilustrada cree, sino que el mismo aldeano ilustrado empieza a despreciar. Todos se inclinan ante esas imágenes, las besan y pronuncian discursos enfáticos y embusteros a los cuales nadie da crédito. Los ricos sacrifican una mínima parte de sus riquezas, ganadas inmoralmente en la obra del asesinato, en la fabricación de los mecanismos de muerte, y los pobres, de los cuales, cada año, sacan dos mil millones de rublos, creen necesario hacer lo mismo y dan así su óbolo. El gobierno excita y alienta a la multitud de los vagos y canallas que, paseándose por las calles con el retrato del zar, gritan *¡hurra!* y, amparándose con la palabra patriotismo, producen toda clase de desórdenes. Y en toda la Rusia, desde el palacio imperial hasta el último pueblo, los pastores de la Iglesia que se dice cristiana invocan a Dios (ese Dios que ordena se ame al enemigo, Dios de amor) para ayudar en la obra diabólica, para ayudar en el asesinato de los hombres. Y centenares, miles de seres humanos, vistiendo uniformes y con diversos mecanismos mortíferos (los que pueden llamarse la carne de cañón), enloquecidos por las plegarias, los sermones, las imágenes, los periódicos, con la angustia en el corazón, pero bravos al parecer, dejan padres e hijos, y van allí donde, arriesgando su vida, cometen el acto más terrible: el asesinato de hombres a los que no conocen y que ningún daño les han hecho. Y detrás de ellos van los médicos y las hermanas de la caridad, suponiendo, no se sabe por qué, que no están llamados a curar en su casa a las gentes sencillas y pacíficas, sino a prestar sus auxilios a los que se ocupan en el asesinato.

Y las gentes que permanecen en sus casas se regocijan con las noticias del asesinato de los hombres, y cuando saben que muchos japoneses han sido muertos, dan las gracias a alguien, a quien llaman Dios.

Y todo esto es apreciado, no solo como una manifestación de sentimientos elevados, sino que los que se abstienen de tales manifestaciones, si tratan de hacer comprender a los otros la verdad, son mirados como traidores; son amenazados o insultados, atacados por la multitud embrutecida de los hombres que, para defender su locura y su crueldad, no tienen más arma que una grosera violencia.

III

Los pueblos, excitados unos contra otros por insultos recíprocos, se desean mutuamente la humillación, la ruina. Se regocijan cuando las calamidades, el hambre, la miseria y la derrota, hieren al país enemigo. El asesinato de miles de hombres, en vez de compasión provoca en ellos una entusiasta alegría; las ciudades están iluminadas y todo el país se regocija. Así se endurece el corazón del hombre y se despiertan sus peores pasiones. El ser humano renuncia al sentimiento de la simpatía y a la humanidad.

Channing

Al llegar a la edad del servicio militar, es menester someterse a las órdenes inmotivadas de un presumido o un ignorante. Es necesario admitir que lo que hay de más noble y más grande es renunciar a tener una voluntad para hacerse el instrumento pasivo de la voluntad de otro; acuchillar y hacerse acuchillar, sufrir el hambre, la sed, la lluvia, el frío; hacerse mutilar sin saber nunca por qué, sin otra compensación que un vaso de aguardiente el día de la batalla; la promesa de algo impalpable y ficticio que da o niega con su pluma un periodista en su despacho bien caldeado, la gloria y la inmortalidad después de la muerte. Óyese un disparo, el hombre independiente cae herido; sus compañeros le rematan pisoteándole al andar; se le entierra medio vivo, y a partir de entonces, puede gozar de la inmortalidad. Sus camaradas, sus parientes, le olvidan. Aquello por lo cual dio su dicha, sus sufrimientos,

su vida, nunca lo conoció… Y por fin, algunos años después, se van a buscar sus huesos emblanquecidos, y con ellos se fabrica negro de marfil o betún inglés para lustrar las botas de su general.

Alfonso Karr

…Pero aprendí la disciplina, a saber que el cabo tiene siempre razón cuando habla al soldado, y el sargento cuando habla al cabo, y el subteniente cuando habla al sargento primero, y así sucesivamente hasta llegar al mariscal de Francia, aun cuando todos ellos dijeren que dos y dos son cinco y que la luna brillaba en pleno mediodía. Esto entra difícilmente en la cabeza, pero algo ayudará mucho a esto; y ese algo es un edicto colocado en las cuadras de los cuarteles que se lee de vez en cuando para aclarar las ideas. Este edicto supone todo lo que un soldado puede desear, como, por ejemplo, volver a su pueblo, negarse a servir, resistir al jefe, y le dice que esto merece la muerte, o cinco años de grillete cuando menos.

Erckmann-Chatrian

Parece que no existieron nunca ni Voltaire, ni Montaigne, ni Pascal, ni Swift, ni Spinoza, ni otros escritores que con fuerza denunciaran la insania, la inutilidad de la guerra, y describieran su crueldad, su inmoralidad, su salvajismo. Dijérase que nunca existieron Cristo y su sermón sobre la fraternidad de los hombres, y el amor de Dios y de los hombres.

Recordando todo esto, se mira en derredor, y, al ver lo que ocurre, siéntese horror, no ya ante las atrocidades de la guerra, sino ante lo más terrible de todo: ante lo impotente de la razón humana.

Así, lo que distingue únicamente al hombre del animal, lo que constituye su particularidad,—la razón,—es algo inútil… No solo inútil, sino algo perjudicial que hace más difícil toda actividad, como la brida que se desprende de la cabeza del caballo, se enreda en sus pies y no hace más que molestarle.

Compréndese que un pagano, un griego, un romano, y hasta un cristiano de la Edad Media, que no conocía el Evangelio y creía ciegamente en todas

las prescripciones de la Iglesia, pudiera guerrear, y, al hacerlo, enorgullecerse con el título de guerrero. Mas ¿cómo un cristiano creyente, y aun si es incrédulo, pero está penetrado del ideal cristiano, de la fraternidad de los hombres y del amor de que están animadas las obras de los filósofos, de los moralistas y los artistas de nuestro tiempo, puede tomar un fusil o ponerse junto a un cañón para disparar contra la multitud de sus semejantes con el deseo de matarlos lo antes posible?

Los asirios, los romanos y los griegos podían creer que, guerreando, obraban no solo de acuerdo con su conciencia, sino que hasta llevaban a cabo una obra piadosa. Pero, queramos o no, nosotros, cristianos, por deformado que esté el espíritu general del cristianismo, no podemos dejar de elevarnos al grado superior de la razón en que nos es imposible no sentir con todo nuestro ser la insania, la crueldad de la guerra, que esta es contradictoria con lo que creemos bueno y justo.

He aquí por qué no podemos hacer la guerra, con seguridad, firmeza y calma, tenemos la conciencia de nuestra criminalidad, el angustioso sentimiento del asesino que, después de dar muerte a su víctima, reconociendo, en el fondo de su alma, la atrocidad de la obra principiada, trata de aturdirse, de excitarse para ponerse en estado de terminar su horrible obra. Esta excitación antinatural, febril, loca, que hace presa en las clases ociosas, superiores, de la sociedad rusa, no es más que el indicio de la conciencia de la criminalidad de la obra cumplida. Todas las afirmaciones desvergonzadas y falsas sobre fidelidad al soberano, adoración por él, y deseo de sacrificarle la propia vida (se ha de decir la de los otros y no la propia), todas las promesas de pechos que se ofrecen a la defensa del país, todas las acciones de gracias, todos los preparativos de telas y vendajes, todos los grupos de hermanas de la caridad, todas las cuestaciones para la flota y la Cruz Roja, dadas a ese gobierno cuyo poder inmediato consiste, según él, en la posibilidad de sacar del pueblo tanto dinero como necesita, en disponer de la flota y los medios necesarios para socorrer a los heridos una vez declarada la guerra; todas las plegarias eslavas, tan insensatas y sacrílegas como pomposas, que los periódicos de cada ciudad comunican como cosa importante, todas las manifestaciones, esos miles de voces que piden el himno nacional, todos los embustes de periódicos malos y sin vergüenza, que no temen ser desenmascarados porque todos son unos, todo el aturdimiento, el embrutecimiento en que hoy se encuentra la sociedad rusa, y que se transmite poco a poco

a las masas, todo eso no es más que el indicio de la conciencia que se tiene de lo criminal de la horrible obra que se lleva a cabo.

El natural sentido dice a los hombres que lo que hacen no debe hacerse. Pero iguales al asesino que ha comenzado por matar a su víctima y ya no puede detenerse, para los rusos, el hecho de estar la obra comenzada les parece la prueba evidente del derecho de la guerra. La guerra ha principiado; he ahí por qué es menester continuarla. De tal modo se presenta el hecho a los hombres más sencillos e ignorantes, que obran bajo la influencia de las pequeñas pasiones. Las gentes instruidas razonan de igual modo, tratando de probar que el hombre no tiene su libre albedrío y que, aun cuando comprenda que la tarea comenzada no es buena, no puede detenerse. ¡Y los hombres, aturdidos, embrutecidos, continúan la obra terrible!

IV

Maravilloso resulta el ver hasta qué punto una insignificante disputa puede, gracias a la diplomacia y a los periódicos, transformarse en una guerra santa. Cuando, en 1856, la Inglaterra y la Francia declararon la guerra a Rusia, fue esto por una razón tan íntima, que aun buscándola con atención en los archivos cuesta gran trabajo el descubrirla… La muerte de quinientas mil personas, el gasto de cinco o seis mil millones, he ahí las consecuencias de tan oscuro conflicto. En el fondo, no obstante, algún motivo había para aquello. Pero ¡cuán poco confesables! Napoleón III quería, por la alianza inglesa y por una guerra afortunada, consolidar su dinastía y su poder de origen criminal. Los rusos pretendían invadir Constantinopla. Los ingleses querían asegurar el triunfo de su comercio e impedir la supremacía de la Rusia en Oriente. Bajo una forma u otra, siempre el mismo espíritu de conquista, de violencia.

Carlos Richet

¿Puede verse nada más chistoso que el que un hombre tenga derecho a matarme porque vive del otro lado del océano y su príncipe ha tenido una disputa con el mío, sin que entre él y yo haya ocurrido nunca nada?

Pascal

Los habitantes del planeta terrestre hállanse todavía en un estado tal de ininteligencia, de estupidez, que en los periódicos de los países más civilizados se ven referidos sencillamente y sin discusión, como una cosa naturalísima, los acuerdos diplomáticos que los jefes de Estado hacen unos con otros, las alianzas contra un supuesto enemigo, los preparativos de guerra. Los pueblos permiten a sus jefes que dispongan de ellos como de un rebaño, y que les conduzcan al matadero, sin sospechar siquiera que la vida de cada individuo es una propiedad personal… Los habitantes de este singular planeta han sido educados en la idea de que hay naciones, fronteras, banderas. Tan débil sentimiento tienen de la humanidad, que este sentimiento desaparece enteramente en cada pueblo ante el de la patria. Muy cierto es que, si los espíritus que piensan quisieran entenderse, cambiaría esta situación; porque, individualmente, nadie desea la guerra… Y hay, además, engranajes políticos que hacen vivir toda una legión de parásitos.

Camilo Flammarión

Pregúntese a un soldado, a un cabo, a un sargento, a un subteniente que ha abandonado a sus padres, a su mujer y sus hijos, por qué se dispone a dar muerte a hombres a los cuales no conoce.

En primer lugar, la pregunta le admirará. Es soldado, ha prestado juramento y obedece a sus jefes.

Y si se le dice que la guerra, esto es, el asesinato de los hombres, no concuerda con el mandamiento: «*No matarás*», responderá:

—¿Pero qué hacer si se ataca a los nuestros? Es por el zar, es por la religión ortodoxa por lo que me bato.

Uno contestó a mi pregunta:

—Pero ¿y si se ataca a las cosas sagradas?

—¿Cuáles son esas?

—La bandera.

Y si se trata de explicar a tal soldado que el mandamiento de Dios es más importante que la bandera y aun que todo el mundo, se callará, o se enfadará y denunciará al que así le hable a sus jefes.

Pregúntese a un oficial, a un general, por qué va a la guerra. Responderá que es militar y los militares son necesarios para la defensa de la patria. Y el hecho de que el asesinato no concuerda con el espíritu de la ley cristiana no le inquietará en lo más mínimo, porque, o no cree en esta ley, o si la da crédito, no es a la ley misma, sino a las explicaciones que de esta ley se tiene. Lo principal es que él, como soldado, en lugar de la cuestión precisa: «¿Qué debo hacer?», ponga siempre la cuestión general del Gobierno y el país, diciendo: «Ahora que la patria está en peligro, es menester obrar y no razonar.»

Pregúntese al diplomático, que con sus embustes prepara las guerras, por qué hace esto.

Responderá que el objeto de su actividad es establecer la paz en los pueblos, y que este hecho puede ser conseguido, no por medio de teorías ideales, irrealizables, sino por la actividad diplomática y la preparación para la guerra. Y lo mismo que el militar, en vez de atenerse a la cuestión de su propia vida, alegará la cuestión general, hablará de los intereses de la Rusia, de la mala fe de otros países, del equilibrio europeo, y no de su vida y de su actividad.

Pregúntese al periodista por qué razón, con sus escritos, excita a los hombres a la guerra. Y responderá que las guerras, en general, son necesarias, y sobre todo la guerra actual. Y apoyarán sus opiniones en frases vagas y patrióticas; y de igual modo que el militar y el diplomático, cuando se le pregunte por qué ellos, periodistas, hombres vivos, obran de tal manera, os hablarán de los intereses de los pueblos, del Estado, de la civilización y de la raza blanca.

De idéntica manera explican su participación en la guerra los que la preparan. Tal vez estén de acuerdo en que sería de desear que la guerra se aboliese; pero también en que ahora esto es imposible, y que por el momento

ellos, rusos, que ocupan cierta posición (mariscal de la nobleza, miembro de tal corporación, médico, individuo de la Cruz Roja) son llamados a obrar y no a razonar.

«No es momento a propósito para razonar y pensar en sí propio cuando hay una grande obra que llevar a cabo», dirán tan satisfechos.

Y esto es lo que a su vez dirá el instigador aparente de toda la obra, el zar. Él también, como el soldado, se admirará al verse interrogado respecto a la necesidad presente de la guerra. Ni aun admitirá la idea de que esta pueda interrumpirse. Dirá que no puede dejar de llevar a cabo lo que exige de él todo el pueblo; que reconoce que la guerra es una gran calamidad, que está dispuesto a emplear todos los medios para hacerla desaparecer, pero que, en el caso actual, no podría dejar de declararla, ni puede detenerla. «¡Es necesaria para el bien y la grandeza de Rusia!»

Todas estas gentes, a la pregunta: «¿Por qué fulano, Juan, Pedro, Nicolás, que reconoce la obligación de la ley cristiana, la cual prohíbe el asesinato del prójimo y que hasta exige que se le ame, que se le sirva, se permite tomar parte en la guerra, es decir, en la violencia, el pillaje y el asesinato?», responderán que obran de tal manera o en nombre de la patria y de la religión o en el del bien futuro de la humanidad; en general, en nombre de algo abstracto o indefinido.

Además, todos estos hombres están siempre tan ocupados en los preparativos de la guerra, o por las disposiciones que se han de tomar y las discusiones a propósito del asunto, que, a parte de esto, solo piensan en descansar de sus trabajos, y no tienen tiempo de ocuparse en razonar acerca de su propia vida, encontrando por otra parte estériles sus razonamientos.

V

El pensamiento retrocede ante una catástrofe que aparece en lo alto del cielo, como el término del progreso de nuestra era. Y sin embargo, es

menester acostumbrarse a ella. Desde hace veinte años, todas las fuerzas del saber se agotan en la invención de mecanismos de destrucción, y pronto algunos cañonazos bastarán para acabar con todo un ejército. Se ha puesto bajo las armas, no ya, como en otro tiempo, a algunos miles de pobres diablos cuya sangre se compraba, sino a pueblos enteros, que van a degollarse unos a otros… Para disponerles al asesinato se atiza su odio, persuadiéndoles de que son aborrecidos. Y hombres de carácter dulce se dejan coger y van a arrojarse uno sobre otro, con ferocidades de animales salvajes, ejércitos furiosos de pacíficos ciudadanos, a los que una orden inepta les pone en la mano el fusil, ¡Dios sabe por qué ridículo incidente de fronteras o por qué mercantiles intereses coloniales! Marcharán como corderos al matadero, sabiendo que van a él, sabiendo que abandonan a sus mujeres, sabiendo que sus hijos tendrán hambre, ansiosos y embriagados por las palabras sonoras y engañosas cantadas a su oído. Marcharán sin rebelarse, pasivos y resignados, aun cuando son la masa y la fuerza, aunque podrían, si supieran entenderse, establecer el buen sentido y la fraternidad, en vez de las salvajes prácticas de la diplomacia. Marcharán pisoteando los campos que sembraron, quemando las ciudades que construyeron, con cánticos de entusiasmo, gritos de alegría, músicas de fiesta.

Eduardo Rod

Pero antes, el testigo ocular había subido al puente del *Variag*. El espectáculo era espantoso. Nunca ninguno de los presentes había visto carnicería como aquella. Por todas partes veíase sangre, pedazos de carne, troncos sin cabeza, manos, un olor de sangre que daba náuseas a los más aguerridos. La garita de combate del puente había sufrido mucho. Un obús había estallado en su cima, matando a un oficial que, con el telémetro en la mano, daba instrucciones para apuntar las piezas. No quedaba del infeliz más que una mano crispada en el instrumento. De los cuatro hombres que estaban con el comandante, dos fueron hechos pedazos, los otros dos gravemente heridos. En cuanto al comandante, había muerto de un estallido de obús, que le alcanzó junto a la sien.

Un testigo del último combate naval

He leído en los *Rousskia Viedomosti* que la ventaja de Rusia consiste en que posee un material humano inagotable. Para los hijos cuyo padre ha muerto, para la mujer a quien se mata el esposo y para la madre a quien su hijo le es arrebatado para siempre, este material se agota en breve.

Carta de una madre rusa

Siempre ha falseado (la guerra) el desarrollo histórico de la humanidad, violando el derecho y deteniendo el progreso. Indudable es que ciertas guerras han sido seguidas de resultados ventajosos para la civilización general; pero las consecuencias perjudiciales de estas mismas guerras siempre han superado a sus buenos resultados. Lo que hace que aún haya quien se engañe en este sentido, es que solo una parte de estas consecuencias perjudiciales son aparentes; las demás, cuya gravedad suele ser mayor, son indirectas, y han escapado por tanto durante mucho tiempo a la inteligencia humana… Si concedemos a los defensores de la guerra la simple palabra «aún», les autorizamos para decir que la discusión entre ellos y nosotros es un asunto de mera oportunidad, de apreciación personal; porque esta discusión se reduce entonces a creer nosotros «que la guerra se ha hecho inútil» y a que ellos la crean «útil aún». En tales condiciones, nos concederán de buen grado que podrá tornarse inútil, y aun perjudicial… mañana, cuando se hayan hecho a los pueblos algunas sangrías formidables para satisfacer sus ambiciones personales. Porque tal fue en todo tiempo, y tal es todavía, la única función de la guerra: procurar a un pequeño número de hombres el poder, los honores, las riquezas, a expensas de la masa, cuya credulidad natural y cuyos prejuicios, mantenidos y creados por ellos mismos, explotan esos hombres.

Capitán Gastón Moch

Los hombres de nuestro mundo cristiano y de nuestro tiempo se asemejan a aquel que ha perdido el buen camino. Cuanto más avanza, más se convence de que no va hacia donde quiere ir; y cuanto más duda de la seguridad del camino, más rápida y locamente corre por él, consolándose al pensar que a algún sitio ha de llevarle. Pero pasado cierto tiempo, ve que el camino que

sigue no le llevará a ningún sitio, como no sea a un abismo que ante él se abre ya.

En situación análoga se encuentra la humanidad cristiana de nuestro tiempo.

Es de todo punto evidente que si continuamos viviendo como ahora, los individuos y los Estados, guiados por el bien de sí mismos y de la patria, si, como ahora, tratamos de garantir estos bienes por la violencia, los medios de violencia de un individuo contra otro, de un Estado contra otro, aumentarán. 1.º Nos arruinaremos cada vez más empleando en el armamento la mayor parte de nuestra producción. 2.º Dando muerte en las guerras a los mejores hombres; desde el punto de vista físico, degeneraremos más y más, y nos rebajaremos moralmente.

Si no cambiamos nuestra vida, sucederá esto; es cosa segura, tan segura como que las líneas que no son paralelas han de acabar por encontrarse.

Pero es poco que esto sea teóricamente seguro. En nuestro tiempo esto se hace seguro, prácticamente, no solo por la razón, sino también por el sentimiento.

El abismo sobre el cual caminamos nos traga ya, y los hombres más sencillos e ignorantes, que no filosofan, no pueden dejar de ver que, armándose más cada vez unos contra otros, destruyéndose unos y otros por las guerras, como las arañas en un vaso, no podemos llegar sino a la mutua destrucción.

Un hombre franco, serio, razonable, no puede dejar de sentir algún consuelo al pensar que las cosas pueden repararse, como se pensaba en otro tiempo, por la monarquía universal de Roma, de Carlomagno, de Napoleón, por el poder espiritual de los papas de la Edad Media, por la Santa Alianza, por el equilibrio político del concierto europeo, por los tribunales de arbitraje internacional, o, según piensan algunos, por el aumento de fuerzas militares y los mecanismos destructores recientemente inventados.

Pero resulta imposible establecer la monarquía universal o una república con los Estados europeos, porque los diversos pueblos no querrán nunca unirse en un solo Estado.

¡Instituir un tribunal internacional para resolver las diferencias internacionales! ¿Y quién hará someterse a las decisiones de ese tribunal a un demandante que tenga sobre las armas millones de soldados?

¿El desarme? Nadie quiere ni puede comenzarlo.

¿Inventar medios de destrucción aun más terribles: globos con bombas, gases asfixiantes, obuses que los hombres lancen unos contra otros? Se invente lo que se invente, todos los Estados se proveerán de las mismas armas destructoras, y lo mismo que la carne de cañón, después del período de las armas blancas, fue bajo las balas, las granadas, las bombas, los cañones de tiro rápido, la metralla, la mina, así irá bajo las bombas arrojadas desde los globos y llenas de gases asfixiantes.

Nada prueba mejor que los discursos de Muravief y del profesor Martens, que la guerra japonesa no es contraria a la Conferencia de La Haya; nada prueba mejor que discursos tales, hasta qué punto, en el mundo nuestro, se ha deformado la obra de la transmisión del pensamiento, la palabra, y hasta qué punto hemos perdido la capacidad del razonamiento claro, inteligente. Se emplea el pensamiento y la palabra, no para servir de guía a la actividad humana, sino para justificar toda actividad criminal. La última guerra de los boers y la guerra actual con los japoneses, que, a cada momento, se puede transformar en carnicería general, lo han demostrado indiscutiblemente.

Todos los razonamientos antimilitaristas no contribuirán a la desaparición de la guerra. Son como un razonamiento elocuente, expresivo, dirigido a los perros que riñen, para convencerles de que es más ventajoso para ellos repartirse el pedazo de carne, objeto de la batalla, que perder esta carne, de la cual se apoderará cualquier otro perro, sin tomar parte en la lucha.

Corremos al abismo, no podemos detenernos y caemos en él. Cada hombre razonable que reflexiona respecto a la situación en que se encuentra hoy la humanidad, y respecto a aquella hacia la cual va inevitablemente, ha de ver que esta situación no tiene salida, que no se puede inventar ninguna institución, ningún establecimiento que nos salve de la pérdida, hacia la cual corremos de un modo inevitable.

Aun sin hablar del peligro económico insoluble, y que se complica cada vez más, las relaciones mutuas de los Estados que se arman unos contra otros y están prontos a declararse la guerra, muestran con toda claridad la pérdida inevitable a que se ve conducida toda la humanidad llamada civilizada.

¿Qué hacer, pues?…

VI

Es menester decirlo para gloria de la humanidad. El siglo XIX tiende a entrar en una nueva vía: ha comprendido que también ha de haber leyes y tribunales para los pueblos y que los crímenes de nación a nación, aun cuando en mayor escala, no son menos odiosos que los cometidos de individuo a individuo.

Quételet

Todos los hombres tienen el mismo origen, todos deben ser sometidos a la misma ley, y todos están destinados al mismo fin. He aquí por qué debéis tener una sola religión, un solo objeto en vuestros actos, por qué debéis combatir bajo una sola bandera. Los actos, las lágrimas y el martirio, son el lenguaje común de toda la humanidad y que todos comprenden.

Mazzini

No; e invoco a este fin el testimonio de las protestas de conciencia de todo hombre que haya visto correr, o hecho correr la sangre de sus conciudadanos; no hay ni una sola cabeza capaz de llevar encima un fardo tan pesado de tantos crímenes. No bastarían ni siquiera tantas cabezas como combatientes tomaran parte en la batalla. Para ser responsables de la ley de sangre que ejecutan, justo sería que, al menos, la hubiesen comprendido bien. Pero las instituciones mejores, no serán ellas mismas sino muy pasajeras; porque, lo digo nuevamente, los ejércitos y la guerra no tendrán más que un tiempo; pues a pesar de las palabras de un sofista, a quien combatí ya en otra ocasión, no es verdad que, ni aun contra el extranjero, la guerra sea *divina*; no es verdad que *la tierra esté ávida de sangre*. La guerra está maldita por Dios y por los mismos hombres que la hacen, los cuales sienten por ella un secreto horror, y la tierra no grita al cielo sino para pedirle el agua fresca de sus flores y el rocío puro de sus nubes.

Alfredo de Vigny

El hombre no está hecho para mandar, como no está hecho para obedecer. Con estas dos costumbres inversas, las razas se estropean inversamente. Aquí la estupidez, allí, la insolencia; en ningún sitio verdadera dignidad humana.

Considerant

Si mis soldados comenzasen a pensar, ninguno permanecería en las filas.

Federico II

Hace dos mil años lo dijo Juan Bautista, y después de él Jesucristo dijo a los hombres:

«El tiempo ha llegado, y el reino de Dios se acerca. Enmendaos y creed en el Evangelio. Mas si no os enmendáis, pereceréis todos como ellos.»

Pero los hombres no le obedecieron, y próxima está la pérdida que predijo; y nosotros, los hombres de hoy, no podemos dejar de verlo. Perecemos ya, y por eso nos es imposible desoír ese medio de salvación, viejo para el tiempo, pero nuevo para nosotros. No podemos dejar de ver que además de todas las desgracias que se desprenden de nuestra vida mala e irracional, nada más que los preparativos de guerra y las guerras inevitables que los siguen, deben perdernos fatalmente.

No podemos dejar de ver que todos los medios propuestos para librarnos de estos males, inventados por los hombres, son y deben ser ineficaces, y que la miseria de los pueblos que se arman unos contra otros no puede dejar de crecer.

He aquí por qué las palabras de Cristo refiérense más que nunca a nosotros y a nuestro tiempo.

Cristo ha dicho: «¡Enmendaos!»

Es decir, que cada cual se detenga en su actividad comenzada y se pregunte: «¿Qué soy? ¿De dónde vengo? ¿A dónde voy?» Y, después de haber respondido a esto, que cada cual decida si sus actos están de acuerdo con su destino.

Solo que es menester que cada hombre de nuestro mundo y de nuestro tiempo (es decir, el hombre que conozca la esencia de la vida cristiana) se detenga por un instante en su actividad y olvide lo que los otros crean que es. Y así sea emperador, soldado, ministro, periodista, se pregunte seriamente lo que es, en qué está su destino, y entonces pondrá en duda la utilidad, la legalidad y la razón de su actividad.

Cada hombre de nuestro tiempo y del mundo cristiano, debe decirse: «Antes de ser emperador, soldado, ministro, periodista, soy hombre, es decir, un ser limitado, enviado por Voluntad superior a un mundo infinito, en tiempo y en espacio, para permanecer en él un momento, y luego morir, es decir, desaparecer. He aquí por qué el objeto personal, social y hasta humano, que yo pueda procurarme, o los que los hombres me pueden proponer, dada la brevedad de mi vida y la eternidad de la Vida del universo, son mínimos y deben ser subordinados a ese fin superior, para cuyo logro fui enviado a este mundo. Este objeto final, por lo mismo que soy limitado, me es inaccesible; pero existe (como debe existir el objeto de todo lo existente), y mi papel es ser el obrero de Dios en el cumplimiento de su obra.»

Y después de haber comprendido así su destino, cada hombre de nuestro mundo y de nuestro tiempo, desde el emperador al soldado, no pueden mirar de otro modo los deberes que él mismo o los otros hombres le impusieran.

El emperador debe decirse: «Antes de verme coronado, antes de ser reconocido emperador, antes de comprometerme a cumplir mis deberes de jefe de Estado, en el mero hecho de que vivo, debía cumplir lo que quería de mí esa Voluntad superior que me envió al mundo. Tales exigencias, no solo las reconozco, sino que hasta las siento en mi corazón. Consiste esto, según se expresa en la ley cristiana que profeso, en someterme a la Voluntad de Dios y en cumplir lo que de mí quiere: que ame a mi prójimo, que le sirva, que obre con él como quisiera se obrase conmigo. Dirigiendo a los hombres, ordenando violencias, suplicios, y, cosa más terrible, guerras, ¿hago lo que ha de hacerse? Dícenme los hombres que debo obrar así; y dice Dios que debo proceder de otro modo. He aquí por qué en vano se me afirma que yo, jefe de Estado, debo exigir la violencia, la percepción de los impuestos, los suplicios, y sobre todo las guerras, es decir el asesinato de mi prójimo; ni quiero, ni puedo hacerlo.»

Y eso es lo que debe también decir el soldado, a quien se inculca que debe matar hombres; y el ministro, que cree deber suyo preparar la guerra, y el periodista, que se encarga de excitarla, y cada hombre que se pregunta lo que es y cuál es su destino.

Y así que el jefe de Estado cese de dirigir la guerra, el soldado cesará de guerrear, el ministro de preparar los medios de pelea, los periodistas de provocar el combate; y entonces, sin ninguna nueva institución, adaptación, equilibrio ni tribunales, se destruirá por sí misma esa situación sin salida, en la cual se colocan los hombres, no solo respecto a la guerra, sino con todas las calamidades que ellos mismos se imponen.

Por extraño que esto parezca, la liberación más segura, la más evidente de todas las calamidades y a la vez la más horrible, o sea la guerra, sería extinguida, no por medidas generales exteriores, sino por este simple llamamiento a la conciencia de cada individuo, que mil novecientos años atrás propuso Cristo. Que cada hombre se pregunte quién es, por qué vive, qué debe hacer y qué no debe hacer.

VII

El hombre puede ser considerado como un animal entre los animales que viven sobre la tierra; puede considerársele como miembro de la familia, de la sociedad, del pueblo en que vive; puede, y hasta debe en absoluto (porque la razón le arrastra a ello fatalmente) considerarse como parte del mundo infinito que vive en el tiempo infinito. He aquí por qué el hombre razonable establece siempre, además de su relación con los fenómenos más próximos de la vida, su relación con todo el mundo infinito en tiempo y espacio, por consiguiente incomprensible para él, mirándole como una sola unidad. Y este establecimiento de la relación del hombre con ese incomprensible de que se siente parte y el cual le sirve de guía en sus acciones, es lo que se llama la Religión. He aquí por qué la religión fue siempre, y no puede cesar de ser, una nece-

sidad, la condición absoluta de la vida, del hombre razonable y de la humanidad que piensa. La verdadera religión es la relación establecida por el hombre entre la vida del hombre razonable y la de la humanidad que piensa.

León Tolstoy

La religión (desde el punto de vista objetivo) es el reconocimiento de todos nuestros deberes por mandamientos de Dios. No hay más que una religión verdadera, aun cuando existan muchas creencias distintas.

Kant

El mal que aqueja a los hombres de nuestro tiempo, proviene de que la mayoría están desprovistos de lo único que sirve de guía razonable a la actividad humana: la religión. Pero no es esa religión que consiste en la fe, en los dogmas, en el sentimiento de lo que procura una distracción agradable, consoladora, excitante, sino la religión que establece las relaciones del hombre con todo, con Dios, y que, por lo mismo, da la dirección superior, general, de toda la actividad humana, sin la cual los hombres se colocan al nivel de los animales y aun más bajo que estos.

Este mal, que conduce a los hombres a su pérdida inevitable, se manifiesta en nuestro tiempo con una fuerza particular, porque los hombres de nuestra época, después de haber perdido el guía razonable de la vida y empleado todos sus esfuerzos en los descubrimientos y el perfeccionamiento de las ciencias aplicadas, se han creado un enorme poder sobre las fuerzas de la naturaleza, y no teniendo guía para aplicar este poder de un modo razonable, lo han empleado en la satisfacción de sus necesidades más bajas, más groseras.

Y los hombres privados de religión que poseen un enorme poder sobre las fuerzas de la naturaleza, se asemejan a niños a los cuales se diera por juguete la nitroglicerina.

Si vemos el poder de que disfrutan los hombres de nuestro tiempo y su manera de emplearle, sentimos que por el grado de desarrollo moral, los hombres no tienen derecho ni a gozar de los caminos de hierro, del vapor,

de la electricidad, del teléfono, de la fotografía, del telégrafo sin hilos, ni aun de aprovecharse del simple trabajo del hierro y del acero, porque no emplean estas ventajas sino en la satisfacción de sus deseos de distracción, en el desorden, en la destrucción mutua.

¿Qué hacer, pues? ¿Rechazar todos los progresos de la ciencia, todo el poder adquirido por la humanidad? ¿Olvidar cuanto se aprendiera? Esto es imposible.

Por malo que sea el empleo que se haga de tales adquisiciones de la inteligencia, son estas, no obstante, adquisiciones de las cuales no se puede el hombre olvidar.

¿Cambiar las uniones de los pueblos, que se formaron a través de los siglos, y establecer otras nuevas? ¿Difundir la ciencia? Todo esto ha sido ensayado y realizado con gran celo. Todos estos mal llamados medios de mejoramiento son la causa principal del olvido de sí mismo, de la conciencia, y por tanto, la pérdida inevitable.

Las fronteras de los Estados cambian, las instituciones cambian, las ciencias se difunden; pero los hombres, con otras fronteras, con otras constituciones, con una ciencia próspera, continúan siendo los mismos brutos, siempre dispuestos a despedazarse, o los mismos esclavos mientras los guíe, no la conciencia religiosa y la razón, sino las pasiones y las influencias extrañas.

El hombre no puede escoger. Debe ser el esclavo de otro esclavo más desvergonzado y más malo, o el esclavo de Dios, porque el hombre no tiene más que un medio de ser libre: unir su voluntad a la de Dios.

Los hombres privados de religión, los que niegan esta, los que reconocen por religión esas de los dogmas grotescas formas exteriores, y que no se guían más que por sus pasiones, por el miedo, por las leyes humanas, y principalmente por el hipnotismo mutuo, no pueden cesar de ser brutos o esclavos, y ningún esfuerzo exterior puede sacarles de este estado, porque solo la religión hace al hombre libre.

Y la mayor parte de los hombres de nuestro tiempo están exentos de religión.

VIII

…La rama cortada por su nudo se separa completamente del árbol; el hombre que riñe con un hombre arráncase de toda la humanidad. Pero la rama es cortada por una mano extraña, mientras que el hombre se aleja de su prójimo por su propio odio y su cólera, ignorando que de tal modo se aleja de toda la humanidad. Pero la divinidad que llamó a los hombres como hermanos a la vida común, les dio la facultad de reconciliarse después de la disputa.

Marco Aurelio

Es necesario poner a un lado la religión que tomó a Jesús por objetivo. Y cuando se ha puesto el dedo en el estado de conciencia, que es la célula primitiva, en el principio del Evangelio eterno, será necesario atenerse a él. Así como las pobres campanillas de una fiesta de pueblo, o los miserables cirios de una procesión apagándose ante la gran maravilla del sol, los pequeños milagros locales, flojos y dudosos, se extinguirán ante la ley del mundo de los espíritus, ante el espectáculo incomprensible de la historia humana conformada por el omnipotente dramaturgo que se llama Dios.

Amiel

Afirmo que la siguiente proposición no necesita ninguna prueba. Todo lo que el hombre cree hacer por agradar a Dios (salvo la vida buena), no es sino error religioso y superstición.

Kant

En realidad, solo hay un medio de adorar a Dios, que es cumplir sus deberes y conducirse conforme a las leyes de la razón.

Lichtenberger

«Para que el mal que nos aqueja desaparezca—dicen los impulsados por diversas actividades humanas—sería menester, no que algunos hombres, sino que todos los hombres se pusieran de acuerdo, y hecho esto, comprendiesen todos igualmente que el destino de su vida no está en el cumplimiento de la voluntad de Dios y el amor del prójimo.»

¿Es esto posible? No solo es posible, sino que es imposible que así no sea. Es imposible que los hombres no vuelvan en sí, es decir, que cada hombre no se pregunte qué es, por qué vive, por qué el hombre, mientras es ser razonable, no puede vivir sin saber por qué vive. Y siempre se ha dirigido esta pregunta, y siempre, con arreglo al desarrollo de su inteligencia, ha respondido con su doctrina religiosa.

Pues bien, en nuestro tiempo, la contradicción interior, en la cual se encuentran los hombres, provoca esa pregunta con una persistencia especial y exige la respuesta. Y los hombres de nuestro tiempo no pueden contestar, como no sea reconociendo la ley de la vida en el amor por los hombres y su servicio. Esta respuesta fue expresada hace mil novecientos años en la religión de Cristo, y la mayor parte de la humanidad la reconoce.

Semejante respuesta vive oculta en la conciencia de todos los hombres cristianos de nuestro tiempo. Mas no se expresa abiertamente y no guía nuestra vida, porque, por una parte, los hombres que gozan de la mayor autoridad, aquellos a quienes llaman sabios, teniendo la creencia errónea de que la religión es un grado provisional del desarrollo de la humanidad que ya ha pasado, y que los hombres pueden vivir sin religión, inspiran ese error a los hombres del pueblo que comienzan a instruirse. Y, por otra parte, porque los hombres que tienen el poder conscientemente, y a veces de un modo inconsciente (estando ellos mismos en el error de que la religión de la Iglesia es la religión cristiana), tratan de sostener y de provocar en el pueblo las supersticiones más groseras, dándolas como religión cristiana.

Que estas dos mentiras se destruyan, y la verdadera religión, que vive oculta en cada uno de los hombres de nuestro tiempo, se mostrará y se hará obligatoria.

Para que esto se realice, es menester que, por un lado, los sabios comprendan que la fraternidad universal y el precepto de hacer a los otros lo que no quisiéramos que se nos haga, no son de esas razones fortuitas del hombre que pueden ser sometidas a otras consideraciones de cualquier ín-

dole, sino que es una proposición indiscutible, superior a toda otra consideración, que se desprende de la relación inmutable entre el hombre y el infinito (Dios), y que es la religión, toda la religión, obligatoria siempre, por consiguiente.

Por otra parte, que los hombres que, consciente o inconscientemente, bajo la capa del cristianismo, proponen groseras supersticiones, comprendan que todos los dogmas, misterios y ritos que sostienen y propagan, no solo son indiferentes, como ellos piensan, sino que resultan perjudiciales en el más alto grado, porque ocultan a los hombres la sola verdad religiosa, que es expresada en el cumplimiento de la voluntad de Dios, en la fraternidad de los hombres, en el amor al prójimo, y que no dejan de ver que el precepto: «Obra con los demás como quisieras se obrase contigo», no es una de las prescripciones de la religión cristiana, sino toda la religión practicada, como se dice en el Evangelio.

Que los que aturden al pueblo con las supersticiones eclesiásticas, cesen de hacerlo, y comprendan que, en el cristianismo, lo importante y obligatorio no es el bautismo, la comunión, los dogmas, etc., sino el amor de Dios y el prójimo, el cumplimiento del precepto: «Obra con los demás como quisieras obrasen contigo», y que en esto está toda la ley de los profetas.

Que comprendan esto los falsos cristianos, que se enseñen a los niños y a los ignorantes estas verdades sencillas, claras y necesarias, como ahora se les enseñan las proposiciones complicadas, embrolladas e inútiles, y todos los hombres comprenderán de idéntico modo el sentido de la vida y reconocerán los mismos deberes que de ella se desprenden.

IX

Fui llamado al servicio el 15 de octubre de 1895. Cuando se me ordenó sacar número me negué a hacerlo. Los funcionarios me miraron; luego hablaron unos con otros, y me preguntaron, por fin, cuál era el motivo porque no quería sacar la bola.

—Porque no prestaré juramento —respondí— ni cogeré con mis manos un fusil.

Me dijeron que ya se vería eso, que por lo pronto, lo que debía hacer era sacar bola, y me negué nuevamente a ello.

Entonces se dio orden al *estarosta* de nuestro distrito que sacara la bola por mí.

El estarosta saca el número 674. Se me inscribió. El jefe del reclutamiento me hizo comparecer ante él, preguntándome:

—¿Quién te ha enseñado todo eso y por qué no quieres jurar?

Respondo que lo he aprendido por mí mismo leyendo el Evangelio.

—No creo —me dice— que tú hayas podido comprender el Evangelio, porque todo es en él incomprensible; para comprenderlo, es menester haber estudiado mucho.

Contesté a esto que Cristo no enseñó cosas solamente para sabios, puesto que los hombres más sencillos comprendían bien su doctrina.

Da orden entonces de que un soldado me conduzca a un destacamento. Con el soldado he ido a la cocina, en donde se nos ha dado de comer. Después se me ha vuelto a preguntar por qué no prestaré juramento.

—Porque se lee —he dicho— en el Evangelio: «No jurarás».

Se admiran; luego me preguntan:

—¿Dice eso, en efecto, en el Evangelio? Toma, búscalo.

Lo he encontrado, y me he puesto a leerlo; todos me escuchaban.

—Aun cuando eso sea verdad —me han dicho—, no es posible, sin embargo, negarse a prestar juramento, porque se podría ser atormentado.

—El que pierda su vida terrestre —he dicho— heredará la vida eterna…

El 20 he sido colocado en las filas con los otros quintos, y se nos ha explicado la regla del servicio.

Les he dicho que no haré nada de lo que me piden. Me han preguntado por qué y he contestado:

—Porque soy cristiano, y no llevarán armas mis manos, ni me defenderé contra el enemigo, porque Cristo ordena que se ame a los enemigos.

—¿Acaso eres tú —me han dicho— el único cristiano? Todos lo somos aquí.

—Nada sé de los otros; pero sé por mí mismo que Cristo ha dicho se haga lo que hago.

El jefe ha dicho:

—Si no trabajas, yo haré que te pudras en un calabozo.

A lo cual he replicado:

—Haced de mí lo que queráis, no serviré…

Hoy, una comisión me ha examinado, y un general ha dicho a los oficiales:

—¿Qué convicción invoca ese jovenzuelo para negarse a servir? ¡Millones de hombres sirven, y él se niega a hacerlo! Azótesele bien, y se verá cómo cambia de idea. (*Carta de un aldeano refractario*).

* * *

Olkhovik fue embarcado. En el navío todos hicieron sus devociones; solo él se negó a rezar. Los soldados le preguntaron por qué, y él lo explicó. En la conversación tomó parte un soldado, Cirilo Sereda. Abrió el Evangelio y se puso a leer el capítulo II de Mateo. Después de leer dijo:

—Ahí lo tenéis. Cristo prohíbe el juramento, los tribunales, la guerra, y entre nosotros hay todo eso, que es bien mirado por nosotros.

Los soldados que le rodeaban notaron que Sereda no llevaba la cruz al cuello, y le preguntaron:

—¿Dónde está tu cruz?

—En mi cofre —dijo.

—¿Por qué no la llevas puesta?

—Porque amo a Cristo, lo cual me impide llevar al cuello el instrumento de su tortura.

Dos cabos entraron en aquel momento y se pusieron a hablar con Sereda.

—¿Por qué has hecho recientemente tus devociones y ahora no llevas tu cruz? —le preguntaron.

—Porque entonces estaba ignorante, no veía la luz, y ahora he comenzado a leer el Evangelio, y he visto que un cristiano no debe hacer todo eso.

—Entonces, ¿harás lo que Olkhovik? ¿no servirás?

—No —respondió Sereda.

Preguntáronle por qué, y dijo:

—Porque soy cristiano, y los cristianos no deben armarse contra los hombres.

Sereda fue detenido y, con Olkhovik, deportado a la provincia de Jakutsk, en donde los dos se encuentran actualmente.

* * *

El 27 de enero de 1894 murió de pulmonía, en la enfermería de la cárcel de Voronega, un cierto Drojjin, antiguo maestro de un pueblo de la provincia de Kursk. Su cuerpo fue arrojado a la fosa común de la cárcel, lo mismo que los de los criminales. Y sin embargo, era uno de los hombres más santos, más puros, más justos que hayan podido existir.

En el mes de agosto de 1891 fue llamado al servicio militar. Pero, considerando que todos los hombres somos hermanos, y que la violencia y el asesinato son el mayor pecado, contrario a su conciencia y a la voluntad de Dios, negóse a servir y a empuñar las armas. Reconociendo igualmente que era pecado abdicar su voluntad en provecho de hombres que podían exigir de él actos malos, se negó a prestar juramento. Los hombres cuya vida se basa en la violencia y el asesinato, comenzaron por encerrarle en una celda, en Kharkof, para enviarle enseguida al batallón disciplinario de Voronega, en el cual, durante quince meses, sufrió el hambre, el frío y la reclusión. Por último, cuando, a consecuencia de los sufrimientos y de las privaciones, volvióse tísico, fue declarado inútil para el servicio, y se decidió hacerle pasar a la prisión civil, en la que debía sufrir todavía nueve meses de encierro. Pero durante su viaje del batallón a la prisión helaba fuertemente, y los guardianes, por descuido, no le dieron ropa de abrigo. Además, esperaron largo tiempo en la calle, ante la puerta, y Drojjin contrajo una pulmonía que acababa con él veintidós días después.

La víspera de su muerte, Drojjin dijo al doctor:

—Aun cuando no haya vivido mucho, muero con la conciencia de haber obrado según mis convicciones. Los otros pueden sin duda juzgar de esto mejor que yo… Pero creo que la razón me asiste —concluyó afirmativamente—. (Extracto del libro *Vida y muerte de Drojjin*).

> Revestíos de todas las armas de Dios, a fin de que podáis resistir a los ataques del diablo. No es contra la carne y la sangre contra la que hemos de combatir, sino contra los principios, contra las potencias, contra los soberanos de las tinieblas de este siglo, contra los espíritus malignos, poderosos en los lugares celestiales. He aquí por qué os digo que toméis las armas de Dios, a fin de poder resistir en el mal día, y para que, dominándolo todo, permanezcáis firmes. Sed, pues, firmes, teniendo la verdad por cinturón y revistiéndoos con la coraza de la justicia.
>
> *San Pablo (Epístola a los efesos)*

* * *

—Mas ¿cómo obrar inmediatamente? —se me dirá—. En nuestro país, en Rusia, ahora que los enemigos están sobre nosotros, dando muerte a los nuestros, amenazándonos, ¿cómo debe obrar el soldado, el oficial, el general, el emperador o el simple individuo? ¿Se puede dejar que los enemigos arrasen nuestros sembrados, se apoderen del producto de los trabajos nuestros, hagan prisioneros y maten a los hijos de nuestro país? ¿Qué hacer ahora que la cosa ha comenzado?

Pero, antes de principiar la guerra (quienquiera que sea el que la haya comenzado), lo que ante todo ha comenzado es una vida, y la obra de mi vida nada tiene de común con el reconocimiento de los derechos de los chinos, de los japoneses o de los rusos sobre Port-Arthur. La obra de mi vida es cumplir la voluntad del que a este mundo me envió. Y yo conozco esta voluntad. Consiste en lo siguiente: debo amar a mi prójimo y servirle. ¿Por qué, pues, según las exigencias temporales, accidentales, insensatas y crueles, he de hacer traición a la ley eterna e inmutable de toda mi vida? Si Dios existe, cuando yo muera (lo que puede ocurrir a cada instante) no me preguntará si defendí Yunan-Po, sus depósitos de maderas, o Port-Arthur, o la organización que se llama Estado ruso y que él no me confió. Pero me pre-

guntará qué hice de la vida que me diera, si la empleé en aquello a que estaba destinada, y para lo cual confiada me fue. Me preguntará si cumplí su ley.

De manera que a la pregunta: «¿Qué hacer ahora que la guerra ha comenzado?», yo, hombre que comprende su destino, no puedo dar más respuesta que la siguiente:

En cualquier circunstancia, haya o no empezado la guerra, aunque miles de japoneses y de rusos mueran o no, y se haya tomado no solo Port-Arthur, sino San Petersburgo y Moscou, no puedo obrar de otro modo que como Dios lo exige de mí. Y he aquí por qué no puedo directa ni indirectamente, ni con mi ayuda, ni con mi aprobación, ni con la excitación, tomar parte en la guerra; *no puedo, no quiero, no tomaré parte en ella*. Que si será enseguida o en breve plazo el que yo cese de hacer lo que es contrario a la voluntad de Dios, cosa es que no sé ni quiero saber. Pero creo que cumpliendo la voluntad de Dios, no puede surgir sino cosa buena para mí y para los otros.

Decís con espanto: ¿Qué sería de nosotros los rusos si dejásemos de luchar y diésemos a los japoneses lo que quieren de nosotros? Pero si es justo que, para salvar a la humanidad del embrutecimiento, de la destrucción mutua, no hay sino el restablecimiento entre los hombres de la verdadera religión, que exige se ame y se sirva al prójimo (no puede haber en esto desacuerdo), entonces cada guerra, cada hora de esta guerra y mi participación en esta guerra, lo que consigue es hacer más difícil y más lejana la realización de la única salvación posible. De manera que, aun colocándose en vuestro punto de vista muy dudoso, aun entonces, ceder a los japoneses todo lo que quieren de los rusos, prescindiendo del bien indiscutible de la cesación del pillaje y el asesinato, sería acercarse al único medio de salvación de la humanidad, mientras que, con la continuación de la guerra, cualquiera que sea su resultado, nos alejaremos cada vez más de ese único medio salvador.

¿Pero si así es —se me objetará a esto—, no pueden las guerras cesar sino cuando todos los hombres o la mayor parte de los hombres se hayan negado a tomar parte en ellas?… La negativa de un solo hombre, soldado o rey, le hará perder su vida en vano, sin utilidad para no importa quién. Si el emperador ruso se negase ahora a continuar la guerra, se le destronaría, tal

vez se le matara por librarse de él. Si un hombre ordinario negárase a servir, se le enviaría a un batallón disciplinario, tal vez se le fusilara.

«¿Por qué, pues, sin ninguna utilidad perder su vida, que puede ser útil a la sociedad?» Así suelen decir las gentes que no piensan en el destino de su vida, y por esta razón no la comprenden. Pero de otro modo piensa y razona el hombre que comprende su destino, es decir, el hombre religioso. Este hombre guía su actividad no con arreglo a las consecuencias imaginarias de sus actos, sino por la consideración del destino de su vida.

El obrero de fábrica va a tal fábrica y hace en ella el trabajo que le es indicado, sin considerar cuáles serán los resultados de su trabajo. De igual modo obra el soldado que obedece a la voluntad de sus jefes. Y lo mismo hace el hombre religioso que cumple lo que Dios le ha prescrito, sin discutir lo que saldrá de su trabajo. He aquí por qué el hombre religioso no se pregunta si pocas o muchas personas obran como él y lo que puede ocurrirle si hace lo que debe hacer. Sabe que, salvo la vida o la muerte, nada subsistirá, y que una y otra están en manos de Dios, a quien obedece.

El hombre religioso obra de esta suerte y no de otra manera; no porque quiera obrar así o porque sea esto ventajoso para él o para los otros, sino porque, creyendo que su vida depende de la voluntad de Dios, no puede obrar de modo distinto.

En esto consiste el carácter particular de la actividad del hombre religioso. Y he aquí por qué los hombres no pueden escapar a las calamidades que se crean ellos mismos sino en la medida en que se guían en esta vida, no por las ventajas, no por los razonamientos, sino por la conciencia religiosa.

X

Con pleno derecho puédese decir que el reino de Dios se muestra cuando en cualquier parte arraiga el principio de la transformación de la religión de la Iglesia en religión universal, bien que la realización

completa de este reino esté infinitamente lejos de nosotros, porque en ese principio, como en el embrión que se desarrolla y se multiplica enseguida, está contenido ya todo lo que debe iluminar el mundo y poseerle. En la vida del universo, los miles de años son como un día. Debemos trabajar con paciencia en esa realización, y esperarla.

Kant

Cuando te hablo de Dios, no pienses que te hablo de un objeto cualquiera de oro o plata. El Dios de que te hablo lo sientes en tu alma, le llevas en ti mismo, y con tus pensamientos impuros y tus actos feos manchas su imagen en tu alma. Ante el ídolo de eso que respetas como Dios, líbrate de llevar a cabo un acto inconveniente, y ante la imagen de ese Dios que está en ti, que lo ve y lo oye todo, no te ruborizas ni aun cuando te abandones a tus ideas y tus actos impuros. Con acordarnos solo de que Dios está en nosotros y vigila nuestros actos y pensamientos, cesaríamos de pecar, y Dios no saldría nunca de nosotros. Acordémonos, pues, de Dios, pensemos en él y hablemos de él lo más a menudo posible.

Epicteto

* * *

Pero, ¿qué hemos de hacer con los enemigos que nos ataquen?

«Amad a vuestros enemigos y no los tendréis», dícese en la doctrina de los doce apóstoles.

Y no son vanas palabras, aunque la prescripción de amar a los enemigos no es sino una alegoría que no se ha de tomar al pie de la letra.

Esta respuesta es la indicación de una actividad clarísima y bien definida y de sus consecuencias. Amar a sus enemigos, a los japoneses, a los chinos, a esos hombres amarillos, contra los cuales algunas personas ebrias tratan de excitar nuestra cólera, significa no dejarlos de matar para tener el derecho de envenenarles con opio, como lo han hecho los ingleses; no dejarlos de matar para arrancarles sus tierras, cual lo han hecho los franceses, los rusos y los alemanes; no enterrarles vivos para castigarlos por haber estropeado una carretera; no atarles por sus trenzas, y ahogarles en el río *Amor*, cual lo han hecho los rusos.

«El discípulo no es superior al maestro; basta al discípulo ser como el maestro». Amar a los hombres amarillos, a quienes llamamos enemigos, significa no enseñarles bajo el nombre de cristianismo las supersticiones ineptas del pecado original, de la redención, de la resurrección, etc., no enseñarles el arte de engañar y de dar muerte a los hombres, sino la justicia, el desinterés, la misericordia, el amor, y esto no con palabras, sino por el ejemplo de nuestra vida buena.

¿Y qué les hemos hecho y qué les hacemos? Si, en efecto, amásemos a nuestros enemigos, si al menos comenzásemos ahora a amar a nuestros enemigos los japoneses, no tendríamos enemigos.

* * *

He aquí por qué, por extraño que esto parezca a los hombres ocupados de planes y preparativos militares, de consideraciones diplomáticas, de medidas administrativas, financieras, económicas, de proyectos revolucionarios y de diversos conocimientos inútiles, con los cuales han pensado libertar a la humanidad de sus calamidades, la liberación de los hombres no solo de esas calamidades, de las guerras, sino de todas las desgracias que los hombres se infligen a sí mismos, se deberá, no a los emperadores ni a los reyes por la formación de alianzas de paz, no a la realización de proyectos socialistas, no a las victorias ni a las derrotas de mar y tierra, no a las bibliotecas, no a las universidades, no a esos ejercicios ociosos intelectuales, que se llaman ahora ciencias, sino al hecho de que cada vez habrá más hombres sencillos como los Dukhobors, los Drojjin y los Olkhovik, de Rusia; los Nazareens, de Austria; los Goutandièr, de Francia; los Terrey, de Holanda y los demás que se han propuesto por objeto, no el cambio exterior de la vida, sino el cumplimiento más exacto de la voluntad del que los envió a este mundo, poniendo toda su fuerza en la realización de este cumplimiento.

Esos hombres solos, cumpliendo en su alma el reino de Dios, establecerán, sin aspirar directamente a este fin, el reino exterior de Dios que desea toda alma humana. Vendrá la salvación por esta vía y no por ninguna otra. He aquí por qué los que dirigen a los hombres les inspiran las supersticiones religiosas y patrióticas, los excitan al odio y al asesinato de sus semejantes, y para libertar a los hombres del servilismo y la opresión, les solicitan para las transformaciones exteriores violentas, o apartan a los hombres de lo que les es necesario y los alejan de la posibilidad de salvarse.

El mal que aqueja a los hombres del mundo cristiano proviene de que se hallan provisionalmente privados de religión. Unos, convencidos de la incompatibilidad entre la religión existente y el grado de desarrollo de la humanidad intelectual y científica de nuestro tiempo, han decidido que no es necesaria ninguna religión. Viven sin ella y profesan la inutilidad de una religión cualquiera.

Otros, ateniéndose a la forma depravada de la religión cristiana, bajo la cual se enseña ahora, viven igualmente sin religión, y profesan formas vanas, exteriores, que no pueden servir de guía a los hombres en su existencia.

Y sin embargo, la religión que responde a las exigencias de nuestro tiempo, existe; todos los hombres la conocen; vive oculta en el corazón de los individuos del mundo cristiano.

He aquí por qué, para que esta religión se haga visible, obligatoria para todos, es menester que los hombres instruidos, los guías de la masa, comprendan que la religión es necesaria a los hombres, que sin religión los hombres no pueden vivir la vida buena, y que lo que llaman ciencia no puede reemplazar a la religión.

Y los hombres que disponen del poder y sostienen las formas envejecidas de la religión, han comprendido que lo que sostienen y propagan como religión, no solo no es religión, sino que es el obstáculo que se opone a que los hombres adopten esa verdadera religión que conocen ya y que es la única que puede librarles de sus males.

De manera que el único medio seguro de salvación de los hombres consiste en no hacer lo que impide a los hombres adoptar la verdadera religión que vive en su conciencia.

XI

En el país ha ocurrido una cosa extraña que da horror. Los profetas profetizan las falsedades, y los sacrificadores dominan por medio de

las mismas; y mi pueblo experimenta con ello placer. ¿Qué haréis, pues, cuando el fin sea llegado?

Jeremías

Ha cegado sus ojos y endurecido su corazón, de manera que no ven con los ojos, que no comprenden con el corazón, que no se convierten, y que no los cura.

Juan

El arma más bella es siempre un arma no bendita, y he aquí por qué el hombre razonable desconfía de ella. Quiere, sobre todo, la tranquilidad. Vence, pero no se regocija. Regocijarse con la victoria es regocijarse con el asesinato de los hombres. El que se regocija con el asesinato de los hombres, no puede lograr su objeto.

Lao-Tsé

Si un viajero distinguiese en una isla lejana hombres, cuyas casas estuvieran rodeadas de armas cargadas, y en torno de las cuales día y noche se pasearan los centinelas, no podría menos de creer habitada dicha isla por bandidos. ¿No es esto lo que ocurre en los países europeos? ¡Cuán poca influencia sobre los hombres tiene la religión, o cuán lejos estamos de la religión verdadera!

Lichtenberger

* * *

Terminaba este artículo, cuando se recibió la noticia de la pérdida de seiscientas vidas inocentes ante Port-Arthur.

Sería natural que los inútiles sufrimientos y la muerte de estos infelices, muertos en vano, debieran hacer reflexionar a los que son causa de todo. No hablo de Makarof y de otros oficiales, todos los cuales saben lo que hacen, y lo hacen de buen grado, por ventajas, por ambición, disfrazada bajo el embuste de patriotismo. Hablo de los infelices arrebatados a los distintos pueblos de Rusia.

Arrancados, con ayuda de engaños religiosos y por el miedo a los castigos, a su vida honrada y razonable; útiles a sus trabajos y a su familia, son

llevados al otro extremo del mundo y colocados sobre una máquina, cruel e inepta, de asesinato. Allí son despedazados o ahogados con la inepta máquina, en un mar lejano, sin que ninguna necesidad o utilidad compense los tormentos, los esfuerzos, los sufrimientos y la muerte de que han sido víctimas.

En 1830, durante la guerra polaca, el ayudante de campo Vilejinski, enviado de parte de Khlopitzki a San Petersburgo, en su conversación con el mariscal Dibitch sobre la condición, puesta por este, de dejar que las tropas rusas entrasen en Polonia, respondió:

—Señor mariscal, creo completamente imposible que la nación polaca acepte eso…

—Pues puede usted creerme; el emperador no hará concesiones.

—Preveo entonces, que, desgraciadamente, habrá guerra, que se derramará mucha sangre y serán muchos los que mueran.

—No lo crea usted; a lo sumo diez mil hombres de cada parte, y nada más.

«Diez mil hombres, y nada más»—dijo Dibitch con su acento alemán—convencido en absoluto de que él, con otro hombre tan cruel y tan extraño como él a la vida rusa y polaca, el emperador Nicolás, tenía derecho a conducir o no a la muerte decenas, centenas de millar de rusos y polacos.

Al leer esto, no se crea que lo que cuento no haya podido ocurrir. Parece insensato y terrible. Y sin embargo, sucedió; sesenta mil vidas, sesenta mil cabezas de familia perecieron por voluntad de aquellos hombres.

En la actualidad está ocurriendo lo propio. Para no dejar entrar a los japoneses en la Mandchuria y echarlos de la Corea, serán menester, según toda probabilidad, no diez, sino cincuenta mil hombres o más.

No sé si Nicolás II y Kuropatkine han dicho, como en otro tiempo Dibitch, que para lograr lo que se proponen, no serán necesarias más que *cincuenta mil vidas rusas*; pero lo piensan y no pueden menos de pensarlo, porque la obra que ejecutan habla por sí misma. Esa ola incesante de infortunados aldeanos rusos, llevados a millares al Extremo Oriente, son esos «*no más de cincuenta mil* rusos vivos» que Nicolás Romanof y Alejo Kuropatkine han decidido hacer matar, a fin de sostener las bestialidades, los sa-

queos, las vilezas de toda especie que han llevado a cabo en China y en Corea hombres inmorales y ambiciosos, que, ahora, tranquilamente sentados en su palacio, esperan nuevos provechos del asesinato de esos cincuenta mil hombres inocentes, de esos desgraciados obreros rusos, engañados, que nada adquieren a cambio de sus sufrimientos y su muerte.

Por una tierra extranjera, a la cual los rusos no tienen ningún derecho, que se arrebató de mala manera a sus verdaderos propietarios, y que, en realidad, no es necesaria a los rusos, y, además, por los dudosos negocios de algunos vividores que quieren ganar dinero especulando con los bosques de la Corea, se gastan ahora millones de rublos; es decir, la mayor parte del trabajo de todo el pueblo ruso, llénase de deudas a las futuras generaciones de este pueblo, sus mejores obreros son arrancados al trabajo y decenas de millares de sus hijos son sin piedad llevados a la muerte.

La pérdida de estos desgraciados comienza ya. Mas todo esto es poco aún. La guerra es tan mal conducida por los que la han organizado, se está tan mal preparado para ella, que, como dice un periódico, la principal probabilidad de la salvación de la Rusia, está en que tiene «un material humano inagotable».

Con esto cuentan los que envían a la muerte decenas de millares de rusos. Dícese claramente: «Los fracasos de nuestra marina, serán compensados en tierra».

En buen ruso, esto significa que si los jefes han conducido mal los asuntos por mar y han perdido por negligencia, no solamente los miles de rublos del pueblo, sino también miles de vidas, nos desquitaremos de eso conduciendo a la muerte, por tierra, algunos miles de hombres más.

Los saltamontes atraviesan los ríos del modo siguiente: las capas inferiores se ahogan hasta formar un puente, por encima del cual pasan las otras. Esto es lo que hoy se hace con el pueblo ruso. La capa inferior comienza ya a ahogarse, mostrando el camino a otros miles, que perecerán de igual manera.

Ahora bien, los iniciadores, los ordenadores, los provocadores de esta obra horrible, ¿comienzan a comprender su pecado? De ningún modo. Están convencidísimos de que han cumplido y cumplen con su deber, y están orgullosos de esta actividad.

Se habla de la pérdida del valeroso Makarof, el cual (todos están de acuerdo acerca de este punto), era un hábil matador de hombres. Siéntese la pérdida del navío, de la maravillosa máquina asesina que tantos millones de rublos costó.

Pregúntase dónde podrá ser hallado un asesino de tanta habilidad como Makarof. Se inventan nuevas máquinas mortíferas aún más perfeccionadas, y todos los culpables de esta horrible obra, desde el zar hasta el último periodista, piden al unísono nuevas locuras, nuevas crueldades, el aumento de embrutecimiento y el odio de la humanidad.

«Makarof no era el único en Rusia, y cada almirante que en su lugar se ponga, seguirá sus huellas y continuará el plan y las ideas de Makarof, el cual, ha muerto luchando honrosamente». Así escribe *Novoie Vrémia*.

«Roguemos a Dios por los que sacrificaron su vida por la santa patria, sin dudar un segundo de que nuestra patria nos dará nuevos hijos tan gloriosos para la lucha siguiente, y encontrará un depósito inagotable de fuerzas para el digno remate de la obra». Así escriben los *Boletines de San Petersburgo*.

«La nación ilustrada no sacará de la derrota, por extraordinaria que sea para ella, otra conclusión que esta: se hace necesario ensanchar más aún y continuar la lucha. Encontremos, pues, en nosotros nuevas fuerzas; nuevos héroes aparecerán», escribe *Russ*, etc.

Y el asesinato y los crímenes de todas clases prosíguense con más encarnizamiento. Éxtasis inspira el espíritu marcial de los voluntarios, que, sorprendiendo de improviso a cincuenta hombres, los degüellan, ocupan el pueblo y dan muerte a los habitantes, ahorcando o fusilando a los espías, es decir, a los hombres tenidos por tales, que no hacían más que cumplir una tarea que nosotros mismos juzgamos necesaria y ejecutamos sin cesar.

Solemnes telegramas anuncian estos crímenes al jefe supremo, al emperador, el cual alienta a sus tropas y las envía su bendición por actos semejantes. Claro se ve en esto que hay un medio de salir de situación tal, un medio único, que es el que indico, y el que indica Cristo:

«Buscad el reino de Dios y su Verdad, que *el resto*, es decir, todos los bienes materiales a los cuales puede aspirar el hombre, se realizará por sí solo».

El bien material no es alcanzado cuando el hombre aspira a ese bien; por el contrario, tal aspiración aleja al hombre de lo que busca. Solo cuando el hombre, sin pensar en el bien material, aspira al cumplimiento más completo de lo que ante Dios, ante el principio y la ley de la vida, cree obligatorio, alcanza incidentalmente el bien material.

De modo que la verdadera salvación de los hombres está en el cumplimiento de la voluntad de Dios por cada hombre aisladamente.

En eso está el destino principal, único, de cada individuo y, a la vez, ese es el solo medio para cada hombre; obrar aparte sobre los demás hombres.

He aquí por qué todos nuestros esfuerzos deben tender a eso, nada más que a eso, exclusivamente a eso.

Abril 1904.

XII

Acababa de enviar la última cuartilla de mi trabajo sobre la guerra, cuando llegó la terrible noticia del nuevo crimen cometido con el pueblo ruso por esos hombres ligeros, ebrios de poder, que se han apropiado el derecho de disponer de su suerte. Nuevamente, vestidos con trajes diversos, cubiertos de condecoraciones, los siervos groseros de los siervos, los generales de distintas clases, por deseo de distinguirse, o de poder añadir a su uniforme abigarrado una estrella o una banda más, por necedad o por negligencia, esos hombres pequeños, miserables, nuevamente han hecho perecer entre atroces sufrimientos a muchos de esos obreros honrados, buenos, laboriosos, que les alimentan. Y nuevamente ese crimen, no solo no hace reflexionar o arrepentirse a los que lo cometen, sino que no se oyen ni se leen más que peticiones de medios para mutilar más pronto y matar el mayor número posible de hombres, arruinando más familias rusas y japonesas.

Y no es esto todo. Para preparar a los hombres para otro crimen análogo, los ejecutores de tales obras no solo no reconocen lo que es evidente a los

ojos de todos, es decir, que para los rusos, aun desde su punto de vista patriótico, militar, la derrota ha sido vergonzosa, sino que hasta tratan de demostrar a los hombres crédulos que esos desgraciados obreros rusos, llevados a la pelea como bestias al matadero, que esos hombres de los cuales se han degollado y mutilado muchos miles, simplemente porque un general no comprendió lo que dijo otro general, que esos hombres han llevado a cabo un acto heroico por el hecho de que los que no pudieron huir fueron muertos, y los que pudieran escapar quedaron vivos.

Y el hecho de que uno de esos hombres horribles, inmorales, crueles, que se llaman generales y almirantes, hiciera morir a muchos pacíficos japoneses, es igualmente descrito como un gran acto heroico que debe regocijar a los rusos. Y en todos los periódicos se publica un terrible llamamiento al asesinato.

«¡Que los 2.000 soldados rusos muertos sobre el Yalou con el *Revitzan* y los demás navíos perdidos, sirvan de lección a nuestra marina para que sepan el brío con que han de impulsar sus cruceros hacia las costas del Japón! Puesto que este ha enviado sus soldados a derramar sangre rusa, que no espere de nosotros ninguna gracia. No podemos mostrarnos sentimentales; fuera eso un pecado; es menester dar terribles golpes, cuyo recuerdo haga temblar el corazón pérfido de los japoneses».

Ha llegado el momento para los cruceros de mostrarse en alta mar y reducir a cenizas las ciudades del Japón, para correr como una plaga a lo largo de aquellas magníficas orillas. ¡Se acabó el sentimentalismo!

Y la horrible obra es continuada con los saqueos, las violencias, el robo, y principalmente la mentira más terrible: la deformación de las doctrinas religiosas, tanto cristianas como budhistas.

El emperador sigue pasando revistas, dando acciones de gracias, recompensando, animando, publicando decretos sobre el llamamiento a los reservistas. Los fieles súbditos ponen nuevamente a los pies del monarca, a quien llaman el adorado, sus bienes y sus vidas; pero esto solamente son palabras. Y sin embargo, a fin de sobrepujarse unos a otros por actos y no solo por frases, arrancan a las familias padres y sostenes, y los preparan para la expedición a la carnicería.

Respecto a los periodistas, cuanto más grave es la situación de los rusos, más desvergonzadamente mienten, transformando las derrotas vergonzosas en victorias, sabiendo que por nadie serán contradecidos, y embolsándose con gran tranquilidad el dinero de la suscripción y de la venta.

Cuanto más dinero se gasta en la guerra, más dilapidan los jefes y los hombres de negocios, que saben que nadie los denunciará y que todos roban. Los militares, educados para el asesinato, que pasaran decenas de años en la escuela del salvajismo, de la grosería, de la ociosidad, se regocijan de que, además del aumento de sueldo, la muerte de los otros oficiales les hace ascender poco a poco.

Los pastores cristianos continúan llamando a los hombres al mayor crimen; siguen cometiendo el sacrilegio de invocar la ayuda de Dios para la guerra, y, no solo no censuran, sino que hasta justifican y glorifican al pastor que, con la cruz en la mano, alienta a los hombres en los lugares mismos del crimen.

Y lo propio sucede en el Japón. Los ebrios japoneses, que imitan cuanto hay de malo en Europa, acrecentando su celo por sus victorias, se precipitan al crimen. El mikado también hace revistas, también otorga recompensas. Sus generales se alaban de igual modo, se imaginan que, habiendo aprendido a matar, han adquirido instrucción.

El desgraciado pueblo obrero, arrancado al trabajo útil y a su familia, gime como el ruso. De igual modo, los periodistas mienten y se regocijan con la exageración de la verdad, y probablemente también (puesto que allí donde el asesinato es una virtud, los vicios florecen), los diversos jefes y vividores ganan dinero.

Y los teólogos japoneses y los pastores religiosos que a su vez no olvidan el engaño en materia de religión y el sacrilegio, deforman la doctrina de Budha y admiten, hasta justifican, el asesinato, por Budha prohibido.

El sabio budhista Soyen Shaku, que dirige ochocientos conventos, explica que Budha prohibió el asesinato, pero dijo que no estaría tranquilo sino cuando todos los seres se hallasen unidos en el corazón infinito, amante, y que, para ponerlo todo en orden, es necesario hacer la guerra y matar hombres. Y todo se verifica como si la doctrina cristiana y la doctrina budhista, sobre la unidad del espíritu humano, sobre la fraternidad de los hombres,

sobre el amor, sobre la compasión, sobre la inviolabilidad de la vida humana, no hubieran nunca existido. Hombres iluminados por la luz de la verdad, japoneses y rusos, peores que animales salvajes, se lanzan unos contra otros con el solo deseo de destruir el mayor número posible de vidas. Miles de infortunados gimen y se agitan convulsivamente en terribles sufrimientos, y mueren en los hospitales japoneses y rusos, preguntándose con admiración por qué han sido heridos.

Otros, se pudren a miles, bajo tierra o sobre la tierra, o se ahogan en el mar, donde flotan y se descomponen. Y decenas de millares de mujeres, de padres, de madres, de hijos, lloran por sus cabezas de familia, muertos en vano.

Pero todo esto es poco: víctimas y más víctimas prepáranse todavía. El cuidado principal de los jefes asesinos es, de parte de los rusos, procurarse la suficiente carne de cañón, los 3.000 hombres diarios destinados a la muerte. Los japoneses obran lo mismo. Constantemente se están echando saltones al río para que los últimos pasen por encima de los ahogados.

¿Cuándo acabará todo esto? ¿Cuándo, en fin, los hombres engañados volverán en sí y dirán: «Vosotros, reyes, mikado, ministros, metropolitanos, sacerdotes, generales, periodistas, hombres de negocios, cualquiera que sea el nombre que se os dé, vosotros los despiadados podéis ir, si queréis, bajo las balas, porque nosotros no vamos ya. Dejadnos tranquilos, dejadnos labrar y sembrar».

¡Qué natural sería decir esto ahora que, en nuestro país, en Rusia, centenares de miles de madres, mujeres e hijos a quienes se han arrebatado sus hombres, los reservistas (como se les llama), cuya mayor parte saben leer, tienen conocimiento de lo que es el Extremo Oriente, están enterados de que se hace la guerra, no por una obra necesaria a los rusos, sino por una tierra extranjera que ciertos hombres de negocios necesitan para construir en ella caminos de hierro y hacerse ricos! Saben o pueden saber también que se les matará como se mata a un cordero, porque los japoneses tienen máquinas asesinas más perfeccionadas que las nuestras, puesto que las autoridades rusas que los mandan a la muerte no tienen la previsión de procurarse a tiempo las armas de que disponen los japoneses.

Sabiendo todo esto, naturalísimo sería exclamar: «Vosotros los que suscitasteis esta contienda; vosotros para quienes la guerra es necesaria y que la

justificáis, podéis ir bajo las balas japonesas; nosotros no iremos, porque, no solo no tenemos necesidad de lo que vosotros queréis, sino que hasta nos parece innecesario».

Pero no lo dicen. Parten y partirán; no pueden dejar de hacerlo mientras teman a lo que mata el cuerpo y no a lo que mata el alma.

«¿Seré muerto o mutilado en Yunan-Po, a donde se me envía? Razonando, lo ignoro: tal vez salga ileso, lleno de condecoraciones, de gloria, como esos marinos a quienes actualmente se festeja en toda Rusia, porque las balas japonesas no cayeron sobre ellos, sino sobre los otros. Y si me niego a obedecer, seré seguramente encerrado en la cárcel, deportado a Yakutzk, y tal vez se me mate inmediatamente».

Y con la desesperación en el alma, parten y abandonan la vida buena, razonable, y sus mujeres y sus hijos.

Ayer me encontré a un reservista, acompañado de su madre y su esposa. Los tres iban en una carreta. Él ligeramente borracho. El rostro de la mujer estaba cubierto de lágrimas.

—Adiós, León Nicolaïevitch—me dijo;—me voy al Extremo Oriente.

—¡Cómo! ¿Acaso vas a batirte?

—Menester es que uno se bata.

—Nadie se debe batir.

Reflexionó un instante y dijo:

—Pero, ¿qué hacer? *¿A dónde ir?*

Vi que me había comprendido. Había comprendido que la obra por la cual se le enviaba a la pelea es mala.

¿A dónde ir? He ahí la expresión exacta del estado de alma que se traduce en el mundo oficial y el de los periodistas por las palabras: «Por la religión, por el zar y por la patria».

Los que abandonan la familia hambrienta y van al sufrimiento y a la muerte, dicen lo que sienten: «¿A dónde ir?» Y los que permanecen en seguridad en sus palacios lujosos, dicen que todos los rusos están dispuestos a

sacrificar su vida por el monarca adorado, por la gloria y la grandeza de Rusia.

De un aldeano a quien conozco, he recibido dos cartas. He aquí la primera:

«Querido León Nicolaïevitch: Ya sé a qué atenerme. Hoy he recibido el aviso de llamamiento al servicio; mañana me he de presentar a la cancillería. Y enseguida he de partir para el Extremo Oriente, a pelear bajo las balas japonesas. De mi dolor y del de mi familia nada os digo, porque comprenderéis el horror de mi situación y los terrores de la guerra. Todo esto os hace sufrir mucho tiempo y de sobra lo comprende. ¡Cuánto he deseado verle y hablarle en estos últimos días! Le había escrito una larga carta en la cual le exponía los sufrimientos de mi alma, pero no había tenido tiempo de copiarla al recibir este aviso. ¿Qué harán ahora mi mujer y mis cuatro pequeñuelos? Sois demasiado viejo, y sin duda no podréis interesaros por los míos; pero podéis pedir a uno de vuestros amigos, que en sus paseos, visite a mi familia huérfana. Pido de todo corazón que, si mi mujer no soporta los sufrimientos de su abandono con los niños, y se decide a ir en busca de vuestra ayuda y consejo, la recibáis y la consoléis. Aun cuando ella no os conozca personalmente, cree en vuestra palabra, lo cual es mucho mejor. No he podido dejar de responder al llamamiento; pero de antemano os digo que, por mi causa, ni una sola familia será huérfana».

«¡Oh, Dios! ¡cuán horrible, cruel y penoso es abandonar todo lo que hace la vida, todo lo que a uno le interesa!»

He aquí la segunda carta:

«Querido León Nicolaïevitch: No ha transcurrido más que un día de servicio y he vivido ya una eternidad de los más terribles sufrimientos. Desde las ocho de la mañana a las nueve de la noche hemos estado amontonados en el patio del cuartel como un rebaño de animales. Tres veces se ha repetido la comedia de la inspección de cuerpo, y todos los que se han mostrado enfermos, no han podido obtener ni diez minutos de atención y han sido tachados de “útiles”. Cuando todos los “útiles”, dos mil hombres, hemos sido clasificados y puestos en hilera desde la cancillería al cuartel, en la calle, en una extensión de una versta, había allí una multitud de padres, de madres, de mujeres con sus hijos en brazos… ¡Y si hubierais visto y oído cómo se agarraban a sus padres, a sus maridos, a sus hijos, y se arrastraban cogidos a

su cuello, sollozando con desesperación!… Yo, en general, me domino, contengo mis sentimientos; pero aquello era más fuerte que yo, y también he llorado… *(En el lenguaje de los periódicos esto se expresa así: "El ardor patriótico es inusitado").*

«¿A qué comparar ese inmenso dolor que va a esparcirse en una tercera parte del mundo entero? ¡Y nosotros no somos ahora sino carne de cañón, que pronto será dada en sacrificio al Dios de la venganza y del espanto!»

Este hombre no cree aún que es menos terrible perder el cuerpo que perder el cuerpo y el alma. He aquí por qué no puede negarse a servir.

Pero al abandonar a su familia, prométese de antemano que por él, ni una sola familia será huérfana. Cree en la ley divina principal, en la ley de todas las religiones. «Obra con los otros como quisieras se obrase contigo».

Y en nuestro tiempo, no solo en el mundo cristiano, sino también en el mundo budhista, mahometano, brahmínico, etc., hay miles y millones de hombres semejantes.

Existen verdaderos héroes, no de esos a quienes se honra hoy porque, queriendo matar a los demás, no fueron ellos muertos, sino verdaderos héroes, que están actualmente en las prisiones de Jakutzk por no haber querido entrar en las filas de los asesinos y prefirieron el martirio al abandono de la ley de Cristo. Los hay, tales como el que me escribe, que irán al servicio, pero no matarán.

Pero hasta esa mayoría que parte sin reflexionar, por no pensar en lo que hace, hasta esos hombres, en el fondo de su alma sienten que llevan a cabo un acto malo obedeciendo a las autoridades que les arrancan al trabajo, a la familia, y los envían al asesinato inútil, contrario a su alma y a su religión.

Pero parten porque se hallan de tal modo ligados en todo sentido, que no saben *a dónde ir*. Y los que permanecen en sus casas no solo lo sienten, sino que hasta lo expresan.

Ayer me encontré en la carretera con un grupo de aldeanos que regresaban de Tula. Uno de ellos, que caminaba al lado de la carreta, leía una pequeña hoja. Le he preguntado:

—¿Es un telegrama?

Él se ha detenido.

—Es el telegrama de ayer—me ha dicho;—pero también tengo el de hoy.

Lo sacó del bolsillo, nos paramos y lo leí.

—¿Qué sucedió ayer en la estación?—comenzó a decir aquel hombre, respondiendo a una pregunta mía.—¡Aquello fue horrible! Entre mujeres y niños había más de mil almas. Todo el mundo aullaba. Se rodeó el tren; no se le dejaba partir. Hasta los extraños lloraban mirando lo que pasaba. Una mujer de Tula dejó escapar un «¡ah!» y cayó muerta. Deja cinco hijos. Se les ha distribuido en los asilos, mas, a pesar de todo, se han llevado al padre… ¿Y qué falta nos hace la Mandchuria? ¡Nos basta con nuestra tierra! ¡Y cuánta gente ha muerto, cuánto dinero se ha gastado!

En la actualidad, las ideas de los hombres sobre la guerra son muy distintas de lo que fueran en otro tiempo, aun recientemente, en 1877.

Nunca sucedió lo que ocurre hoy. Los periódicos escriben que a la llegada del zar, que ahora recorre la Rusia para hipnotizar a los hombres que se envía al asesinato, el pueblo manifiesta un entusiasmo indescriptible.

Pero, en realidad, otra cosa sucede. Se oye decir que tres reservas se han ahorcado, que dos se han suicidado por otro procedimiento. Una mujer, cuyo esposo ha sido llamado a las filas, ha llevado a sus hijos a la cancillería y los ha abandonado allí. Otra se ha ahorcado en la casa del jefe del reclutamiento.

Todo el mundo está disgustado, excitado, sombrío. Las palabras: «¡Por la religión, por el zar, por la patria!», no suenan para el hombre como en los pasados tiempos. Otra guerra, la de la conciencia, de la injusticia y del pecado, la de la obra a la cual son llamados todos los hombres, arrastra cada vez más a los pueblos.

La gran lucha de nuestra época no es la que actualmente se desarrolla entre los japoneses y los rusos, ni la que puede estallar entre las razas blanca y amarilla; no es la lucha que se conduce con minas, bombas y balas; es la lucha espiritual, que se produce diariamente entre la conciencia cada vez más aclarada de la humanidad, pronta a manifestarse, y las tinieblas y la opresión, que la cercan y la aplastan.

El mismo Cristo sufría en su tiempo a causa de la espera, y decía: «Vine a sembrar el fuego en la tierra. ¿Qué puedo, pues, desear, si ya está encendido?»

Lo que Cristo anhelaba se realiza. El fuego se enciende; no nos opongamos a su extensión; facilitémosla.

13 mayo de 1904.

XIII

Nunca terminaría mi trabajo si hubiese de seguir añadiendo todo lo que viene a confirmar mi idea principal.

Ayer recibí la noticia de que varios acorazados japoneses han sido echados a pique. En lo que se llama las altas esferas de la sociedad rusa, noble, rica, inteligente, sin ningún remordimiento de conciencia, se regocijan de esta pérdida de miles de vidas humanas.

Hoy he recibido de un marinero, de un hombre que se encuentra en el escalafón más inferior de la sociedad, la siguiente carta (firmada con nombre y apellidos):

«Muy estimado León Nicolaïevitch: Salúdole en voz baja, y con amor le envío mi respeto y mi saludo. Muy estimado León Nicolaïevitch, he leído sus obras de usted, que me han gustado, y holgábame en gran manera de leerlas.

»Puesto que en nuestro país tenemos guerra actualmente, escríbame usted, se lo ruego, si es o no del agrado de Dios que las autoridades nos obliguen a matar. Se lo ruego, León Nicolaïevitch, dígame, si quiere hacerme el favor, si en el mundo existe o no la verdad.

»Aquí, en la iglesia, se hacen ceremonias, y el sacerdote nombra el ejército amado de Cristo. ¿Es verdad o no que Dios ama la guerra?

»Le ruego, León Nicolaïevitch, que me escriba, si no tiene usted libros en que yo pueda ver si existe o no la verdad. Y mándeme usted libros, pagaré por ellos lo que sea. Le ruego no olvide mi demanda; si no hay libros de esa índole, mándeme una carta, me daré por satisfecho.

»Espero con impaciencia su contestación. Y ahora hasta la vista. Estoy vivo y sano, y le deseo lo propio, de parte de Dios Señor, y le deseo buena salud y muchos éxitos en sus empresas».

Sigue la dirección: Port-Arthur, el nombre del buque en que sirve el marinero, su nombre y apellidos.

No puedo responder con palabras a este hombre bueno, serio y verdaderamente ilustrado. Está en Port-Arthur, población con la cual no hay comunicación ni por correo ni por telégrafo. Sin embargo, hay para los dos otro medio de comunicación. Este medio es Dios, en el cual ambos creemos y ambos sabemos que la guerra le desagrada. La duda que ha nacido en su alma, es ya la solución de la cuestión.

Y esta duda ha nacido y vive actualmente en las almas de miles y miles de hombres, no solo rusos y japoneses, sino de todos los seres desgraciados que por la violencia se ven obligados a tomar parte en la obra más contraria a la naturaleza humana.

La hipótesis con que se aturde y se trata de aturdir a los hombres, pasa pronto, y su acción se debilita cada vez más. La duda: «*¿Agrada o no a Dios que mis jefes me obliguen a matar?*» se hace cada vez más fuerte, no puede ser por nada destruida y se esparce por momentos.

Y esta duda es la chispa de aquel fuego que Dios encendió en la tierra y que empieza a abrasarla.

Saberlo, sentirlo, es una grande alegría.

Yasnaïa Poliana 31 mayo 1904.

La guerra hispano-americana y la guerra de los Doukhobors

(Escrito en 1898).

I

Dos guerras se desarrollan actualmente en el mundo cristiano. La una ha terminado ya: la otra continúa todavía, pero las dos han comenzado al mismo tiempo y su carácter diverso llama la atención.

La una que ha terminado era pagana, inoportuna, estúpida, cruel y vana. Es la guerra hispano-americana que ha decidido por medio de la muerte de unos hombres, la cuestión de saber cómo y por quién deben ser gobernados otros hombres.

La segunda guerra, esa que dura todavía y terminará únicamente cuando ninguna guerra sea ya posible, esa que reposa sobre el amor y la razón, la guerra santa, «la guerra contra la guerra, que está declarada hace mucho tiempo por la vanguardia de la humanidad cristiana», —según frase de Víctor Hugo, pronunciada en un congreso de la Paz— a la otra parte de humanidad bárbara y grosera, es llevada adelante con una fuerza particular y con

algún suceso por un puñado de hombres, los doukhobors del Cáucaso, contra el gobierno ruso.

Acabo de recibir de Colorado (Estados Unidos), una carta de un tal Mr. Jessy Hlodwiu, el cual me pide que le envíe «unas cuantas palabras o un pensamiento, expresando vuestro sentimiento sobre la noble acción del pueblo americano, y el heroísmo de sus soldados y marinos».

Es evidente, que este hombre está enteramente persuadido, lo mismo que la gran mayoría de los americanos, de que su acción (o sea el éxito alcanzado sobre algunos miles de hombres sin armas, pues los españoles comparados con el armamento de los americanos, bien puede decirse que carecen de armas) es una acción grande, una obra noble, (*noble work*.) Los hombres que han matado a un gran número de sus semejantes, y quedan sanos y salvos creándose además una situación ventajosa, son indudablemente unos héroes.

Sin hablar de los horrores realizados en Cuba por los españoles, que sirvieron de pretexto para la guerra, esta guerra me hace pensar en lo siguiente:

Un viejo decrépito, físico e intelectualmente, que conserva las tradiciones de un falso puntillo de honor, provoca en duelo a un joven robusto en plena posesión de sus fuerzas, para resolver una cuestión. El joven, que por su pasado y por las declaraciones que lleva hechas varias veces, debía mostrarse muy por encima de esta solución brutal del asunto, acepta no obstante, la cuestión, y empuñando un rompecabezas se arroja sobre el viejo decrépito, lo derriba, le rompe los dientes, le fractura las costillas y después, orgulloso de su hazaña, se jacta de ella con entusiasmo delante de una muchedumbre de jóvenes, que por su parte le felicitan por haber estropeado al viejo.

A esto se ha reducido, en realidad, la guerra hispano-americana, que tanto ha preocupado al mundo cristiano.

De la otra guerra nadie habla: muy pocos se percatan siquiera de su existencia. Y, sin embargo, he aquí lo que esta guerra ofrece como ejemplo.

Todo Estado dice así: Vosotros, los seres gobernados por mí, corréis el peligro de ser conquistados por otras naciones: pero yo tengo el encargo de velar por vuestro bienestar y vuestra felicidad, y por esto exijo de vosotros el abandono anual de muchos millones de francos, que son el fruto de vues-

tro trabajo, millones que empleo en la compra de fusiles, cañones, pólvora, navíos, etc. Exijo además de vosotros, para vuestra defensa, que os alistéis en una institución que hará de vosotros partículas sin voluntad y razón de una única e inmensa máquina: el ejército. Una vez en el ejército, cesaréis de ser hombres para convertiros en autómatas, que yo haré marchar como quiera; y lo que yo quiero ante todo, es dominar. El medio de dominación al que yo recurro es la muerte: por esto, pues, debo enseñaros a matar.

A pesar de lo absurda que resulta la afirmación de que un grupo de hombres corra el peligro de ser atacado por los directores de otro grupo que, a su vez, hacen la misma afirmación, sin perjuicio de que unos y otros afirmen al mismo tiempo que desean la paz; a pesar de la humillación que sufren los soldados esclavos; a pesar del horror que inspiran los actos para los cuales se les prepara los hombres, se dejan engañar, pagando su propia esclavitud y creándose mutuamente la servidumbre.

Unos hombres aparecen en este momento y dicen:

—Todo lo que vosotros declamáis sobre el peligro que nos amenaza y la necesidad de preservarnos, es una mentira. Todos los gobiernos afirman que desean la paz, y sin embargo, todos se arman unos contra otros.

«La ley religiosa que vosotros profesáis declara que todos los hombres son hermanos, y que es indiferente para ella el pertenecer a una u otra nación.

»Es por esto por lo que no nos asustan los ataques y peligros con los que nos amenazáis. Además (y esto se halla sobre todo), la ley divina reconocida por vosotros, que nos pedís que participemos del asesinato, nos prohíbe no solo el matar, sino todas las violencias.

»Es por esto, por lo que no podemos tomar parte en vuestros preparativos de muerte; por lo que nos negamos a entregar el dinero para tal fin y no iremos a las reuniones que vosotros organizáis, en las cuales se pervierte la razón y la conciencia de los hombres, convirtiéndolos en instrumentos de violencia que obedecen a todo malvado que quiere dirigirnos».

Tal es esta guerra emprendida desde hace tiempo por los mejores de entre nosotros contra los representantes de la fuerza brutal.

Esta guerra ha resultado en los últimos tiempos más viva y ardiente, gracias a los combates de resistencia que entablan los doukhobors contra el Es-

tado ruso.

Este ha opuesto a aquellos todos los medios de que dispone: arrestos, prohibición de cambiar de residencia y de comunicar entre ellos, el espionaje, la confiscación de las cartas, la interdicción a los periódicos de publicar todo lo que concierne a los doukhobors, la calumnia, la ruina, el apaleamiento, la cárcel y el presidio.

Por su parte, los doukhobors solo han empleado un arma única: la dulzura razonable, la firmeza paciente. A todo lo que contra ellos se hace y se dice, ellos responden: «No se debe obedecer a los hombres más que a Dios; por esto hagáis lo que hagáis contra nosotros, nos es imposible obedeceros».

II

Se elogia a los héroes españoles y americanos de la guerra salvaje, porque, deseosos de distinguirse ante los hombres, de gozar las ventajas de la gloria y de obtener recompensas, han matado o han sido muertos.

Por el contrario, nadie habla de los héroes de la «guerra contra la guerra», que en silencio han sido muertos o mueren aún bajo el apaleamiento en las prisiones o en el destierro, y que a pesar de todo fueron y son fieles a la verdad y a su noble causa.

Yo conozco docenas de estos héroes que ya han muerto, y centenares de otros que, diseminados sobre la tierra, prosiguen su doloroso apostolado.

Yo conozco a Drojjine, un aldeano convertido en maestro de escuela, que fue torturado hasta morir, en las compañías disciplinarias; yo conozco a un camarada de Drojjine, llamado Izumtchenko, que igualmente pasó por esas compañías de castigo y fue enviado a un extremo del mundo; yo conozco al labriego Olkhovik, que ha rehusado el servir en el ejército y fue enviado a su vez a esas compañías de tormento. En el camino de Siberia, sobre el barco que le transportaba, convirtió a sus ideas a un individuo de la escolta lla-

mado Sereda. Este, comprendiendo lo que le decía Olkhovik sobre el carácter criminal del servicio militar, fue al encuentro de sus jefes para decirles con la firmeza de los mártires antiguos: «Yo no quiero estar con los verdugos; prefiero colocarme al lado de las víctimas». Y se le martirizó y se le envió igualmente a la compañía disciplinaria y luego al presidio.

Yo conozco, en fin, numerosos doukhobors, de los cuales una gran parte han muerto y otros han quedado ciegos, por no haber querido someterse a exigencias contrarias a la ley divina.

He leído una carta en la que se habla de un joven doukhobor que había sido incorporado sin sus camaradas a un regimiento acuartelado en Samarcanda. Siempre la misma historia, las mismas exigencias de la autoridad, iguales respuestas simples e irrefutables.

—Me es imposible hacer lo que es contrario a mi fe.

—Pues no te ahorraremos ningún sufrimiento.

—Eso es asunto vuestro; cumplid vuestra obra, que yo haré la mía.

Y así es como este joven de veinte años, arrojado en un país extranjero, solo, en medio de gentes hostiles, poderosas, ricas e instruidas, que hacen uso de todas sus fuerzas para martirizarle, no se somete ni un instante y cumple su grande obra.

«Pero esos sacrificios son inútiles—se me objetará.—Esas víctimas perecerán y la organización social seguirá lo mismo».

Presumo que lo mismo se diría en tiempos de Cristo sobre la inutilidad de su sacrificio y el de todos los mártires por la verdad.

Los hombres de nuestro tiempo, los sabios especialmente, resultan de tal modo bárbaros, que son impotentes para comprender el alcance y la acción de la fuerza espiritual. Ellos comprenden la fuerza de una carga de doscientos cincuenta gramos de dinamita, que se lanza sobre una muchedumbre de hombres. Pero el pensamiento, la verdad que se realiza resultando accesible a millones de hombres y que hace surgir mártires, no es para ellos una fuerza, porque no ruge, porque no deja detrás de su paso montones de cuerpos mutilados y torrentes de sangre.

Algunos sabios (mediocres ciertamente) emplean toda su erudición para demostrar que la humanidad vive como un rebaño, guiada solamente por in-

tereses económicos, y que la razón solo debe servirla para simples especulaciones intelectuales. En cambio, los gobiernos saben perfectamente qué fuerza es la que conduce al mundo, y por instinto de conservación se defienden todo lo que pueden de las manifestaciones de fuerzas espirituales, de las que dependen su salud o su pérdida.

He aquí por qué todos los esfuerzos del gobierno ruso se han concentrado para aniquilar la influencia moral de los doukhobors, por aislarlos y desterrarlos.

Pero a pesar de todo, la lucha emprendida por los doukhobors ha abierto los ojos a millones de hombres. Yo conozco centenares de militares, viejos y jóvenes, que viendo las persecuciones de que son objeto los dulces y laboriosos doukhobors, comenzaron a dudar de la legitimidad de sus funciones guerreras. Yo conozco hombres que por primera vez en su vida han pensado en la verdadera significación del cristianismo al ver cómo viven estos cristianos y por qué causa son perseguidos.

El gobierno mismo no lo ignora y percibe que esta propaganda le hiere en el corazón.

Tal es esta otra guerra de los hombres pacíficos y tales sus consecuencias.

Pero no es solamente el gobierno ruso el que teme esta propaganda saludable; todo otro gobierno que se mantenga por la fuerza o la violencia, siente miedo igualmente de este ejército sin armas.

El Cristo ha dicho: «Yo he vencido al mundo». Y lo ha vencido, en efecto, si los hombres tienen fe en la fuerza del arma que les ha dado. Esta arma es la observancia fiel, por cada uno de nosotros, de los llamamientos de la razón.

«Vosotros queréis hacer de mí un cómplice del asesinato—debe decir y dice todo hombre sensato que no ha vendido u oscurecido su conciencia.—Vosotros me exigís mi dinero para fabricar las armas, y además me ordenáis que me aliste en las bandas de asesinos. Pero yo profeso la ley que vosotros mismos profesáis, y que desde hace muchos siglos me prohíbe no solamente el asesinato, sino toda animosidad contra mis semejantes. Es por esto por lo que no puedo obedeceros».

Tales son los medios simples, indiscutibles y obligatorios para todos los que vencen y vencerán al mundo.

CARTAGO DELENDA EST

La *Vie Internationale* y *L'Humanité Nouvelle*, me han enviado la siguiente carta:

«Señor: Con el fin de ser útil al desarrollo de las ideas humanitarias y de la civilización, *La Vita Internazionale* (Milán) con el apoyo de *L'Humanité Nouvelle* (París y Bruselas), ha creído su deber interesarse en el difícil problema que últimamente se ha mostrado en toda su gravedad e importancia a causa de la delicada cuestión, por la cual, Francia y el mundo entero se han apasionado tan vivamente: nos referimos al problema de la guerra y al militarismo. Con este fin rogamos a todos los que en Europa ocupan un lugar eminente en la política, las ciencias, las artes y el movimiento obrero, y hasta a los mismos militares, contribuyan a esta obra altamente civilizadora, enviándonos sus respuestas al cuestionario siguiente:

1.º ¿La guerra entre las naciones civilizadas es exigida aún por la historia, por el derecho y por el progreso?

2.º ¿Cuáles son los efectos intelectuales, morales, físicos, económicos y políticos del militarismo?

3.º ¿Cuáles son las soluciones que conviene dar en interés del porvenir de la civilización universal a los graves problemas de la guerra y del militarismo?

4.º ¿Cuáles son los medios que conducen lo más rápidamente posible a estas soluciones?»

I

No puedo ocultar los sentimientos de repulsión, de indignación y hasta de desesperación, que esta carta ha provocado en mí.

Hombres de nuestro mundo cristiano instruidos, dotados de entendimiento, buenos, profesando la ley del amor y de la fraternidad, considerando el homicidio como el más grande de los crímenes, incapaces, salvo raras excepciones, de matar por sí mismos a un animal, se dedican sin remordimiento cuando el crimen se llama guerra, a matar, a saquear, y se jactan de ello.

Este mismo fenómeno se repite en todas partes. La gran masa, los obreros, enfundados en un uniforme se entregan al asesinato y a la rapiña; pero hay que declarar en favor de ellos que el crimen no es iniciativa suya, que no lo preparan ni lo desean, pero que participan de él constreñidos y forzados, ya que cada individuo, al ser alistado aisladamente, considera que su situación será mucho peor si se resiste a intervenir en estas violencias.

La ínfima minoría que vive en el lujo y en el ocio, al mismo tiempo que hace trabajar a los obreros, prepara las matanzas y las rapiñas de la guerra, forzando a la masa desheredada a que sea su cómplice.

Este estado de cosas dura desde hace muchos siglos; pero solo recientemente ha llegado a su último grado la audacia de la minoría, consagrándose, la parte más considerable del trabajo popular, a los preparativos de matanza y de pillaje.

En todos los Estados donde el régimen constitucional está establecido, todo el mundo, sin excepción, se ve llamado a tomar parte en la matanza, gracias al servicio militar obligatorio. Entre los Estados las relaciones son cada vez más oscuras, y se provocan las guerras sin saber por qué.

Naciones pacíficas se ven atacadas sin ningún motivo, y no pasa un año sin que se mate o se robe en un lugar cualquiera de la tierra, lo que obliga al mundo a vivir en el perpetuo temor de un conflicto general.

Es evidente, que esta situación de alarma obedece a que las masas viven engañadas por una minoría, a la que el engaño sirve de gran provecho. Es evidente también, que el medio de defender a la masa de estos exterminios mutuos es demostrarla cómo y por quién es engañada.

En vez de esto, los hombres esclarecidos, con el pretexto de coadyuvar al establecimiento de la paz, se congregan un día en una ciudad de Europa y al poco tiempo en otra, y sentados con gesto grave ante mesas cubiertas por un tapete verde, argumentan sobre el mejor modo de persuadir a los bandidos que viven de sus rapiñas, para que abandonen su oficio, y se conviertan en ciudadanos pacíficos.

Después, ellos proponen temas trascendentales.

1.º ¿La guerra entre las naciones civilizadas es deseada aún por la historia, el derecho y el progreso?

¡Como si las ficciones que los hombres hemos imaginado y que llevan estos pomposos nombres, pudieran exigir de nosotros el desconocimiento del principio moral y fundamental de nuestra vida!

2.º ¿Cuáles son los efectos de la guerra?

¡Como si se pudiera dudar un instante, de que los efectos de la guerra serán eternamente la desgracia general y la perversión del universo!

3.º ¿Cómo resolver el problema de la guerra?

¡Como si hubiera algún problema que resolver en el acto simple de emancipar a los hombres de la mentira en que viven!

Estas preguntas son verdaderamente asombrosas.

¿No vemos todos, por ejemplo, a ciertos hombres de buen porte, tranquilos y hasta en cierto modo felices, ir todos los años a timbas internacionales como la de Monte-Carlo y perder en provecho de los dueños de la banca, dinero, salud, honor y hasta muchas veces la vida?… Sentimos piedad por estos desgraciados, vemos perfectamente que se ilusionan creyendo en la posibilidad de ganar, aunque saben que lo más seguro es perder; pero todos ellos esperan, aunque solo resulte por una vez, ser más afortunados que los otros.

Y en este caso, en vez de indicar a los jugadores las consecuencias desgraciadas que les aguardan, de persuadirlos que el juego es inmoral, ya que está basado en la desgracia de los otros, nosotros nos reunimos gravemente y discutimos la cuestión de saber cómo podremos lograr que los explotadores de las casas de juego cierren voluntariamente sus establecimientos; y consagramos al asunto numerosas memorias y nos preguntamos si la historia, el derecho y el progreso *quieren* la existencia de casas de juego y qué efectos económicos, intelectuales y morales puede producir la ruleta.

Si yo le digo a un hombre dado a la bebida que no debe embriagarse más, puedo esperar que siga mi consejo; pero si le digo que su embriaguez constituye un problema difícil y complejo, que nosotros los sabios reunidos en asamblea intentaremos resolver, todo hace esperar que el hombre seguirá emborrachándose mientras el famoso problema se resuelve.

Lo mismo ocurre con los procedimientos complejos y científicos puramente exteriores y falsos, empleados para que desaparezca la guerra. Esto es lo que resultan los tribunales de arbitraje, las conferencias internacionales para la paz y otras engañifas, mientras se calla el medio más simple, real y evidente para acabar la guerra.

Para que la guerra desaparezca no hacen falta el derecho internacional, ni los tribunales de arbitraje, ni las conferencias y congresos: basta simplemente con emanciparse de la mentira, *du spell*, de las brujerías que oscurecen la visión de las cosas.

Que aquellos a los cuales no reporta la guerra ningún provecho y que consideran como un crimen el tomar parte en ella, se abstengan de guerrear y todo quedará hecho.

Este medio ha sido preconizado desde la antigüedad por los escritores cristianos Tertuliano y Orígenes; por la secta de los paulusianos y por sus continuadores los cuákeros, los menonitas, los heruguter y los escritores modernos Dimond, Harrison y Balu. Por mi parte hace veinticinco años que no ceso de mostrar el pecado, el mal y la locura del servicio militar.

Este medio ha sido ya aplicado hace mucho tiempo y en nuestros días por tentativas cada vez más repetidas de individuos aislados en Austria, en Prusia, en Suecia, en Holanda, en Suiza, en Rusia, así como por comunidades enteras, tales como los cuákeros, los menonitas, los nazarenos y reciente-

mente los doukhobors. Hace tres años que estos últimos, en número de quince mil, luchan contra el poderoso gobierno ruso y rehúsan, a pesar de todas las persecuciones de que son objeto, servir en el ejército.

Pero lejos de proponer estos medios, los titulados amigos de la paz no quieren oír hablar de ellos, fingen no conocerlos o bien se encogen de hombros como con piedad ante los ignorantes que apelan a un procedimiento ineficaz y estúpido.

Para estos sabios, que indudablemente han descubierto el medio de asar la manteca, lo lógico y razonable es persuadir a los gobiernos que viven gracias a la violencia y la mentira, que deben abandonar la mentira y la violencia.

II

Quieren hacernos esperar a que las dificultades que surjan entre los gobiernos sean resueltas pacíficamente por los tribunales internacionales de arbitraje.

Pero yo creo que los gobiernos no tienen ningún interés en que los conflictos se resuelvan pacíficamente: al contrario, son ellos los que buscan medios para suscitarlos, pues esto justifica el mantenimiento de los ejércitos que aseguran su dominación.

Los amigos esclarecidos de la paz buscan simplemente el apartar a la masa obrera del único medio que podría emanciparla de la esclavitud en que se la mantiene primeramente, inculcándola desde la infancia el sentimiento del patriotismo; después por medio de la religión, valiéndose de los sacerdotes, que para este efecto son mantenidos, y últimamente por la amenaza de los castigos.

Pero la mentira patriótica que nos hace creer que nuestra nación es superior a las otras naciones, ese sentimiento que nos arrastra a guerras inútiles

y nefastas, es una mentira que resulta evidente hoy que las relaciones pacíficas de vida entre los pueblos resultan cada vez más fáciles.

Del mismo modo la gente se deja seducir cada vez menos por esa mentira religiosa que exige el juramento de fidelidad, cuando el Evangelio, reconocido por el gobierno como un libro santo, prohíbe el juramento.

Solo el miedo a los castigos es lo que impide que la gran mayoría de las gentes se nieguen a empuñar las armas. Pero este temor no es igualmente más que el resultado de la mentira, en la que el gobierno mantiene a la masa: un puro efecto de sugestión.

El gobierno teme más que a nadie a los que se niegan al servicio militar. Cada negativa atenta al prestigio del embuste en el que mantiene el gobierno a sus súbditos. En cambio, los rebeldes al servicio militar no tienen ninguna razón para temer al gobierno. Negándose a tomar las armas, se corre menos peligro que empuñándolas. Frecuentemente, las penas en que se puede incurrir son la prisión o el confinamiento, y esto, en cierto modo, es una seguridad de librarse de los peligros de muerte del servicio militar.

Entrando en el ejército se corre el riesgo de hacer la guerra, de encontrarse en las condiciones más penosas, de ser mutilado o muerto, alternativas que se diferencian muy poco de las que sufre un condenado a pena capital. Yo he sido testigo en Sebastopol, durante la guerra de Crimea, del envío de un regimiento a un bastión donde poco antes dos regimientos habían sido exterminados. Y este tercer regimiento permaneció en el sitio de peligro hasta que todo su efectivo cayó bajo las balas.

Y aun en el caso feliz de no ser muertos los soldados en el campo de batalla, pueden caer enfermos y morir a causa de las malsanas condiciones de la vida militar.

Puede igualmente ocurrirles, que ante el ultraje que les infiera un superior no puedan contenerse y respondan con una grosería, medio seguro de atraerse un castigo mucho más grave que el que les hubiera valido su resistencia a servir.

En fin, lo mejor que puede ocurrirles es que en vez de ser encarcelados o deportados como refractarios al servicio militar, vivirán durante tres o cinco años en el medio pernicioso del cuartel preparándose para el asesinato: y

allí no será más libre que en la cárcel, y sufrirá la humillante sumisión de obedecer a hombres perversos.

Además, si una gran mayoría siguiese el ejemplo saludable de negarse al servicio, los refractarios podrían contar con la seguridad de que esa rebeldía quedase impune. El gobierno no encontraría personas para imponer el castigo a los que se resistiesen a su mentira. El número de las gentes que aún viviesen engañadas sería insuficiente para la represión de los que se negasen a participar de las violencias.

La sumisión al servicio militar es, pues, una especie de hipnotismo: el salto en el agua absolutamente inútil y peligroso de los borregos de Panurgo.

III

Además del interés personal hay otra razón que debe determinar la negativa a tomar las armas. Todo hombre que viva sustraído a la influencia hipnótica y tenga conciencia de sus actos, no debe desear una existencia inútil y sin finalidad: al contrario; debe estar animado del deseo de servir a Dios y a los hombres.

Con frecuencia su vida transcurre sin que se presente ocasión para sacrificarse. El llamamiento a las armas es la ocasión. Así, todo aquel que se niega a servir militarmente, o a facilitar los recursos en forma de impuesto para el mantenimiento del ejército, es un servidor de Dios y de los hombres; pues de este modo concurre efectivamente al progreso de la humanidad, a su movimiento hacia una organización social más perfecta.

Pero además del interés y del deber, existe la *imposibilidad* de servir para aquellos hombres de nuestra época, que se han sustraído al hipnotismo general.

Hay actos cuyo cumplimiento es tan imposible moralmente, como lo son ciertos actos físicos.

Este acto moralmente imposible, es la sumisión servil a hombres perversos que tienen por único fin de su vida el matar a sus semejantes.

Por esto digo que no descansa únicamente en el interés y el deber de todo hombre de nuestro tiempo su rebeldía a servir, sino que, además, le es moralmente imposible hacer otra cosa, si se halla libre de la influencia del aturdimiento hipnótico.

«¿Pero qué será de nosotros —dirán muchos— cuando, faltos de ejército, los malos no tendrán motivo para temernos, y no nos podremos defender de los salvajes (especialmente de la raza amarilla), que nos invadirán y nos esclavizarán?»

Y, sin embargo, nadie ve que los malos triunfan desde hace mucho tiempo, y luchando entre ellos dominan y esclavizan a los cristianos. No debemos temer como un nuevo peligro lo que existe desde hace mucho tiempo.

Además, el miedo a los salvajes y a los amarillos, cuya animosidad provocamos con frecuencia, y a los que enseñamos el manejo de las armas, no es más que un fútil pretexto, pues una centésima parte de las tropas que hoy mantiene Europa bastarían para defendernos de este peligro imaginario. Aparte de esto, las imposiciones sobre consecuencias de tal o cual de nuestros actos, no debe determinar previamente su conducta.

Por encima de todo lo existente, el hombre posee un guía cierto para su conducta. Este guía es su conciencia, y obedeciéndola sabe el hombre lo que debe y lo que no debe hacer.

Todo lo que se dice sobre los peligros que corre el individuo que se niega a alistarse, así como del riesgo que amenaza a toda la sociedad el día en que no tenga una defensa armada, todo forma parte de la horrible mentira universal que pesa sobre la humanidad cristiana y que es mantenida cuidadosamente por los gobiernos que subsisten merced a ella.

El hecho de obedecer a la razón, a la conciencia, a Dios, forzosamente ha de procurar la felicidad, tanto al individuo, como a la comunidad de que es miembro.

Los hombres de hoy se lamentan de las malas condiciones de existencia en nuestro mundo cristiano. Pero no puede ser de otro modo, ya que habiendo reconocido hace miles de años como obligatoria la ley divina «no matarás» y la ley de amor y fraternidad, abjuramos de estas leyes fundamentales

para ir a las órdenes de un presidente, de un embajador o de un rey a disfrazarnos con un uniforme propio de un bufón, asir un arma y decirnos:
—«Estoy pronto a arruinar, a mutilar, a matar a todo aquel que me será indicado».

¡Qué horrible sociedad es esta!

¡Despertad, hermanos míos! No escuchéis a los miserables que os contaminan desde vuestra infancia del espíritu diabólico del patriotismo, cuyo solo fin reside en despojaros de vuestros bienes, de vuestra dignidad y vuestra libertad. No escuchéis a los viejos sobornadores con hábito religioso que predican la guerra en nombre de Dios, de un Dios cruel y vindicativo que es propiedad de ellos, pues ellos lo han inventado.

No creáis a ninguno de ellos. Fiaos solamente de vuestro sentimiento, que os dice que no sois animales o esclavos, sino hombres libres, responsables de vuestros actos y que por esto no podéis convertiros en asesinos, ni por vuestra voluntad ni por la de aquellos a quienes aprovecha el asesinato.

Os basta abrir los ojos para daros cuenta de todo el horror de lo que estáis consintiendo, y para no perseverar en el mal que causa vuestra pérdida.

Tan pronto como os abstengáis del mal, desaparecerán, como los búhos que huyen de la luz, los impostores que hoy dominan, que os pervierten primero y os torturan después. Al propio tiempo, las nuevas condiciones fraternales de la vida se establecerán por ellas mismas, pues hacia ellas marcha la humanidad cristiana, harta de sufrir la mentira en que se la mantiene.

Que cada hombre, repeliendo todas las consideraciones complicadas, los exámenes profundos y las previsiones a larga fecha, siga simplemente los consejos de su conciencia.

5 mayo 1898.

Pensamientos y fragmentos

No es el cambio de la violencia el que nos conducirá a la paz deseada. Es la paz, o mejor dicho, la rebeldía pasiva.

Con que los esclavos, todos los esclavos víctimas de los modernos fariseos, que envenenan y explotan las almas, se crucen de brazos, la hora del humilde habría llegado. De este modo tan sencillo rodarían por el suelo los ídolos, los dioses personales que han venido a sustituir a los impersonales del verdadero cristianismo.

Y sin embargo, la sangre continúa derramándose en todas partes, como en los mejores tiempos de la barbarie. Las clases directoras civilizan y educan a cañonazos; los dirigidos procuran su bienestar armándose de artefactos destructores.

No es ese el camino.

Moriré sin ver bien libres a los hombres. No será por mi culpa, y esto me consuela.

Los hombres poderosos exigen los tributos, y nosotros los pagamos. Emplean, en verdad, una parte de estos dones, que se llaman impuestos o contribuciones, en la realización de obras que importan a la sociedad entera. Pero en general, estas obras resultan funestas para la mayoría de los hombres.

En Rusia, por ejemplo, se toma a la nación la tercera parte de sus rentas; pero no se emplea en instrucción pública, la más importante de todas las necesidades, más que un uno por ciento del producto total del impuesto, sin contar, además, que la escasa instrucción que se da al pueblo es embrutecedora, y más dañina que fecunda en buenos resultados. Casi todas las rentas del Estado sirven, con daño del país, para los armamentos militares, la construcción de caminos estratégicos, de fuertes, de prisiones, para mantener al clero, a la corte, a los oficiales y funcionarios, es decir, para el bienestar de cuantos tienen por misión operar o garantizar la inversión de estas formidables sumas de dinero.

Lo mismo sucede no solo en Persia, Turquía y la India, sino también en todas las naciones cristianas, sin exceptuar las que recibieron cartas de Constitución, o están reputadas como repúblicas democráticas. En todas partes los gobiernos exprimen al pueblo y le toman cuanto puede dar, sin medir nunca sus exigencias por las necesidades de la sociedad.

Hoy, como en otras épocas, cuando unos hombres gobiernan a otros hombres, puede asegurarse que aquellos están armados, y que estos no lo están.

Todos los guerreros que iban con sus jefes a atacar pueblos indefensos y los sometían y despojaban de sus bienes, recibían una parte del botín, proporcionada a sus servicios, al valor, a la crueldad de cada uno, y así sacaban un provecho positivo de su victoria. Pero ahora, los hombres, obreros en su mayoría, a quienes se hace tomar las armas para atacar a gentes indefensas, a huelguistas, a sublevados, a habitantes de otros países, y someterlos y forzarlos a dar su trabajo, que es toda su riqueza, esos hombres, por sus violencias, no sirven sus propios intereses, sino los de algunos ambiciosos que no han compartido ni siquiera sus peligros.

En las *Mil y una noches* se cuenta que un viajero que llegó a una isla desierta encontró a un anciano con las piernas inútiles, que estaba sentado en el suelo junto a un arroyo. El viejo rogó al viajero que le pasara sobre sus hombros a la orilla opuesta. Habiendo obtenido una respuesta favorable, el viejo se encaramó en los hombros del viajero, y le ciñó enseguida las pier-

nas sólidamente alrededor del cuello, negándose a soltarle. Una vez dueño del viajero, el anciano hizo de él cuanto deseaba. Le hacía correr a su voluntad, le obligaba a acercarse a los árboles, de los cuales cogía y comía los frutos, sin que le recompensase más que con injurias.

La aventura de este viajero tiene muchos puntos de semejanza con la de los pueblos que han dado a sus gobiernos dinero y soldados. Este dinero sirve a los gobiernos para comprar armas; para hacer educar especialmente y pagar después a los jefes militares irresponsables y feroces. Y estos jefes, por procedimientos ingeniosos de idiotización, perfeccionados al través de los siglos, forman con todos los hombres que proporcionan las quintas ejércitos disciplinados.

Los gobiernos, como las iglesias, solo pueden inspirar piedad o disgusto.

Mientras el hombre no comprende lo que es un gobierno o una iglesia, lo natural es que sienta hacia ellos un piadoso respeto. Mientras se deja guiar por ellos, debe creer, para satisfacción de su amor propio, en su grandeza y santidad. Pero desde que advierte que no hay en el gobierno ni en la iglesia nada absoluto ni sagrado, y que son simplemente invenciones de los malos para dominar al pueblo, de un modo disimulado, imponiéndole un método de vida que sea útil a sus intereses, siente enseguida una impresión de asco por los que le engañan indignamente, y su decepción es tanto más profunda, cuanto más grande es la ficción de la cual descubre la vanidad.

Los hombres experimentarán este disgusto hacia los gobiernos cuando hayan comprendido el verdadero sentido de tales instituciones.

Uno de los prejuicios más generales y arraigados consiste en creer que cada hombre tiene cualidades que le son propias. Así se dice que uno es bueno o malo, tonto o inteligente, enérgico o apático. Esto no es verdad en absoluto. Podemos decir que un hombre es más bien bueno que malo, más inteligente que torpe, más enérgico que apático, o viceversa. Pero diremos una tontería si sostenemos que un hombre es siempre bueno e inteligente y otro siempre malo y torpe, y sin embargo, así clasificamos a los hombres, y esto es ilógi-

co. Las personas son parecidas a los ríos. El agua corre igualmente en todos ellos; pero un mismo río puede ser tortuoso y rápido o ancho y manso, limpio o turbio, frío y caliente. Así los hombres; cada cual guarda en sí el germen de todos los vicios y todas las virtudes; tan pronto domina uno como otro. Ocurre que un hombre no es siempre igual, siendo siempre el mismo.

Se admira la gente de que ocurran 60.000 suicidios al año en Europa, sin contar los que se realizan en Rusia y Turquía. Hay que extrañar, por el contrario, que no ocurran más. Todos los hombres de nuestra época, si se dan cuenta de la contradicción que existe entre su conciencia y su vida, hállanse en situación muy cruel. Dejando aparte las otras contradicciones que existen entre la vida real y la conciencia, basta este estado de paz armada permanente, contrapuesto a la religión, para que el hombre se desespere, dude de la razón humana y renuncie a la vida en este mundo insensato y bárbaro. Esta contradicción, que viene a ser como la quinta esencia de las otras, es tan terrible, que no es posible vivir, a menos de olvidarla.

¡Cómo! ¡Nosotros, los cristianos, no solo profesamos el amor por el prójimo, no solo vivimos realmente con vida común, sino que tratamos de instruirnos unos a otros para nuestra dicha mutua, acercándonos con amor, y en cambio, mañana, un jefe de Estado enloquecido dirá una estupidez cualquiera, otro le contestará con otra necedad, y yo y mis semejantes marcharemos a la muerte para matar hombres que no solo no nos han causado ningún daño, sino que, por el contrario, nos son queridos! ¡Y esto no es una probabilidad lejana, sino una certidumbre inevitable, para la cual nos preparamos todos!…

Basta tener conciencia de ellos para volverse loco o suicidarse.

Basta volver en sí durante un momento, para comprender la necesidad de tal resolución.

Los hombres han pensado y han creído hasta fines de este siglo, que no podrían vivir sin gobierno. Pero la vida progresa y las condiciones de la vida, como las opiniones de los hombres, se transforman. A pesar de los esfuer-

zos de los gobiernos para mantener a los pueblos en un estado tal de idiotismo que el individuo mal tratado se felicite de tener a su lado a alguien que acoja sus quejas, los hombres, y en particular los obreros, tanto en Rusia como en Europa, ven desaparecer su tontería y empiezan a comprender las verdaderas condiciones de la vida.

No puedo menos de repetir siempre lo mismo, a pesar del silencio frío y hostil con que se acogen mis palabras.

Un hombre moral que goza de todas las comodidades, y hasta el hombre de la clase media (excepción hecha del hombre rico, que gasta para sus caprichos centenares de jornadas de trabajo cada veinticuatro horas), no puede vivir tranquilo sabiendo que todo aquello de que goza es fruto del trabajo de generaciones obreras, oprimidas bajo el peso de una existencia abrumadora y que mueren ignorantes, entregadas a la borrachera y al libertinaje, medio salvajes, en las minas, en las fábricas, en los talleres, junto al arado, produciendo los objetos que sirven para el hombre de condición superior. Yo, que escribo esto, y vosotros que me leeréis, gozamos de una alimentación suficiente, a menudo abundante y delicada; de aire puro, vestidos de invierno y de verano, toda clase de distracciones, diversiones durante el día y reposo completo por la noche. Y junto a nosotros vive el pueblo trabajador que no tiene ni alimentación, ni habitación sana, ni vestidos suficientes, ni distracciones, y que, muy a menudo, no goza ni siquiera del descanso durante la noche. Viejos, niños, mujeres, extenuados por el trabajo, por las noches sin sueño, por las enfermedades, se ven obligados durante su vida entera a trabajar para nosotros, a producir los objetos de lujo que no han de poseer ellos y que para nosotros constituyen, no una necesidad, sino una superfluidad.

No es la ociosidad, sino el trabajo lo que engendra la dicha. Un hombre no puede dejar de trabajar; es esto contra naturaleza. Lo mismo ocurre a todo animal, desde el caballo a la abeja. Hay que desechar la superstición grosera que hace que únicamente consideremos feliz al que vive de sus rentas.

Todo hombre vive por la solidaridad del trabajo humano. Otros hombres le criaron y educaron, preservándolo de peligros; otros le preservan y le alimentan ahora. Así, cada individuo es criado y cuidado por otros. Pero para que todos continúen preservando y alimentando a ese hombre, es necesario que a su vez sea útil y servicial. Los hombres, hasta los malvados, preservarán y alimentarán con solicitud al que trabaja por ellos.

Basta imaginar la conducta del hombre mientras caza, para convencerse de que, dando libre impulso a sus peores instintos, realiza actos cuya sola idea le avergonzaría en otras ocasiones.

Existe una serie de actos y de procedimientos que con razón se consideran indignos de un hombre honrado.

La superchería, la perfidia, las trampas, la emboscada, el ataque de muchos contra uno solo, del débil por el fuerte, el robo de los hijos a sus padres y de los padres a sus hijos, son otros tantos actos viles por sí mismos, aun prescindiendo de la calidad de las víctimas. Sin embargo, por una contradicción inconcebible, todos estos actos viles y criminales se realizan sin escrúpulo, abiertamente, en la caza, contra seres inofensivos, por los mismos hombres que rehusarían dar la mano a quien obrara de igual modo con un hombre. Diríase que los hombres sienten tanto no poder dañarse entre sí, que van al campo y al bosque para vengarse de su abstinencia sobre seres vivientes y para dar rienda suelta a sus más bajos instintos.

Destripar, romper una cabeza contra un árbol, descuartizar, son los actos más comunes y necesarios en la caza. Es, sin embargo, natural compadecerse de los animales. ¿Por qué, pues, en la caza los hombres no solo no sienten lástima por los animales, sino que ni aun les avergüenza sorprenderles, perseguirles y atormentarles por todos los medios posibles?

Recientemente, durante un domingo lluvioso de otoño, atravesé en tranvía el mercado que existe cerca de la torre de Sukharev. En una extensión de medio kilómetro el coche dividió una multitud compacta, que volvía a cerrarse detrás de nosotros. Desde la mañana hasta la noche, estos millares de

hombres, casi todos hambrientos y andrajosos, pisan el suelo fangoso, disputan, se engañan y se aborrecen. Lo mismo ocurre en todos los mercados de Moscou y de las otras ciudades. Esos hombres pasan sus veladas en las tabernas, y por la noche se esconden en sus agujeros y zahúrdas. El domingo es para ellos un gran día. El lunes vuelven a empezar su existencia maldita.

Reflexionando sobre la existencia de esos hombres, y pensando en el estado que dejan y en el que escogen, considerad a qué trabajos se entregan, y veréis que son unos mártires.

Todos ellos han abandonado sus campos, sus casas, sus padres y sus hermanos, y con frecuencia a sus mujeres y a sus hijos.

Han renunciado a todo, y han acudido a la ciudad para adquirir lo que el mundo cree necesario.

Todos hacen lo mismo, desde el obrero de la fábrica, el cochero, la costurera y la prostituta, hasta el comerciante enriquecido, el empleado, y sus mujeres, sin hablar de las docenas de miles de desdichados que todo lo han perdido, y que viven de desperdicios y de aguardiente en los asilos nocturnos.

Examinad esa multitud desde el pobre al rico; buscad a quien se crea satisfecho y estime poseer lo que el mundo cree necesario, y no hallaréis uno entre mil. Todos se dirigen a adquirir lo que el mundo impone, y cuya ausencia constituye para ese mismo mundo una desdicha. Pero tan pronto como han adquirido lo codiciado, el mundo presenta otra cosa más necesaria, y el trabajo de Sísifo recomienza eternamente.

Recientemente ha publicado el papa una encíclica sobre el socialismo.

En este documento, el jefe de la Iglesia, después de una pretendida refutación de la doctrina socialista sobre la ilegitimidad de la propiedad, dice expresamente que «nadie tiene la obligación de socorrer al prójimo si no posee más que lo necesario para sí o su familia, o, si para hacerlo ha de disminuir en algo aquello que exigen las conveniencias mundanas. Nadie, en efecto, debe vivir prescindiendo de tales conveniencias». (Esto está tomado de Santo Tomás: *Nullus enim inconvenienter debet vivere*). «Pero después

de haber satisfecho las necesidades y las conveniencias exteriores—dice al fin la encíclica,—deber es de todos dar lo superfluo a los pobres».

Así predica el jefe de la Iglesia más extendida hoy día. Así predicaban los Padres de la Iglesia, que creían insuficiente la salvación por medio de la acción.

Junto a la predicación de esta doctrina egoísta, que prescribe dar al prójimo aquello que no le es a uno necesario, se predica el amor a ese mismo prójimo, y siempre se cita con énfasis las célebres palabras pronunciadas por Pablo en el capítulo XIII de su primera Epístola a los corintios.

¡Qué farsa!

Si tienes fuerzas, dedica toda tu actividad al amor. Si careces de energía, haz que tu debilidad sea la debilidad del amor.

Lo mismo que un atleta observa atento el desarrollo de su musculatura, observa tú el aumento de tu amor, o al menos, la disminución de la maldad y la mentira, y tu vida será hermosa y alegre.

Pensamientos inéditos de Tolstoy

Quiero deciros que cada vez siento con más fuerza, conforme se aproxima el fin de mi existencia, la necesidad de trasportar las aspiraciones de la vida exterior a la vida interior; no delante de los hombres, sino ante Dios: vivir no con el pensamiento puesto en esta vida, sino en la vida eterna. Y vivir así no es posible más que consagrando toda nuestra energía a nuestro perfeccionamiento interior.

Hay la costumbre de creer (y los enemigos de la verdad lo enseñan así) que el perfeccionamiento no es más que el egoísmo, y que solo es posible perfeccionarse retirándose del mundo.

Este es un gran error. Solo es posible perfeccionarse en plena vida y en estrecha unión con los hombres. Y si un hombre viviendo entre sus semejantes tiene por fin principal perfeccionarse ante Dios, llega, indudablemente, en sus asuntos prácticos, a resultados mucho más grandes que el hombre que solo busca el éxito en los asuntos exteriores.

Os asombrará que yo escriba una cosa tan conocida, pero hablo así porque tal es mi conducta y porque la experiencia me demuestra sus ventajas.

El fin de la vida no es más que este: aspirar al perfeccionamiento que Cristo nos indicó, diciéndonos: «Sed perfectos como vuestro padre que está en el cielo».

Este es el único fin de la vida accesible al hombre, y se logra, no permaneciendo en un claustro, no entregándose al ascetismo, sino por la elaboración en sí del sentimiento de unión con todos los hombres.

De la aspiración hacia este fin (cuando está bien comprendido) dimanan todas las acciones útiles al hombre; y en concordancia con el mismo fin se deciden todas las cuestiones.

Se puede trabajar mucho y útilmente en el perfeccionamiento aunque se esté en cualquiera condición. En las condiciones que nosotros consideramos más difíciles, resultará mayormente fructuoso nuestro trabajo interior para nosotros y para los demás.

En el acto exterior—¿es preciso o no partir para la guerra?—Puede no haber nada de bueno ni de malo. Se puede vivir mal mientras se cuida a los enfermos, y se puede vivir bien dedicándose a cualquiera otra ocupación menos benéfica.

Una sola cosa es importante: saber vivir, no para sí, sino para servir a Dios y a los hombres, y esto es lo que yo os deseo y os aconsejo.

Cuando el hombre está aún lejos de la muerte se le presenta la cuestión de siempre: «¿He hecho todo lo que esperaba de mí aquel que me envió a la tierra?…». Cuando la muerte se aproxima ya no existe esta cuestión para el hombre; solo resta en él la conciencia de su aproximación al Dios justo, generoso y amante.

Y en esta conciencia, al menos para mí, se disuelven todas las preocupaciones humanas, como la sal en el agua.

Existen el bien espiritual y el bien corporal.

El bien corporal lo vemos y lo juzgamos; pero el bien espiritual, no solo no lo vemos exteriormente, sino que aquel mismo que lo recibe no lo aprecia ni se da cuenta de él las más de las veces.

Y sin embargo, este bien espiritual, además de ser real, es sin comparación más precioso, más importante, que todos los bienes corporales y satisface al hombre en su verdadera vida; tanto la vida terrestre como su vida eterna.

Un hombre conquista la riqueza y la gloria mientras que otro, no encontrando en su vida más que la nada, aprende a despreciar aquellas y a ser feliz sin necesitarlas. ¿Cuál es el más dichoso de los dos?…

Cuando nosotros decimos de una privación o de un sufrimiento material cualquiera, que «es un mal», decimos esto porque somos miopes o ciegos y no vemos el bien que existe dentro de lo que llamamos mal, somos como el niño que no ve el bien en la prohibición de acercarse al fuego o en la exigencia de que tome un medicamento…

Esas privaciones, los dolores, los sufrimientos, nos libertan de la tiranía de la vida inferior llena de miserias y de obstáculos, elevándonos a la región de la vida espiritual gozosa y libre. No quiero decir con esto que tengamos que buscar los sufrimientos, pero sí afirmo que los sufrimientos, como todo lo que nos ocurre en este mundo, son un bien para el hombre.

El sufrimiento regulariza nuestra vida. Esas lámparas de acetileno están construidas de tal modo, que el carburo, al contacto del agua, produce el gas, y cuando el gas se aglomera en gran cantidad, el mismo levanta el carburo y la formación del gas cesa. Eso mismo ocurre con nuestra vida material. Cuando está demasiado llena de sufrimientos (pues su propiedad esencial es de engendrar sufrimientos), la conciencia y la atención se levantan, transformándose en deseos espirituales, y los sufrimientos cesan.

Dios existe no para satisfacer nuestros caprichos y simpatías. Somos nosotros los que existimos para llenar su voluntad.

Toda la vida del hombre entregado a la existencia espiritual transcurre en una lucha entre las exigencias de la razón que son divinas y las exigencias humanas, o sean los deseos personales.

El resultado depende de la firmeza del individuo, de su convencimiento de la necesidad de seguir la voluntad de Dios, de la fuerza de sumisión a los juicios de los hombres, y del deseo personal.

Solo aquel en cuyo interior se desarrolla la lucha puede decidir.

El reinado de Dios está en nosotros y fuera de nosotros.

Cuando lo establecemos en nosotros, se establece en el mundo.

El establecimiento del reino de Dios en nosotros es necesario por Dios, por nosotros y por los demás hombres.

Decís que para satisfacer las exigencias de vuestra conciencia os parece insuficiente vivir bien vosotros mismos; exigís además la posibilidad de inflamar a los otros, de forzarlos a vivir como vosotros creéis que se vive bien.

Hay que felicitarse de que no exista el medio de forzar a los otros a vivir como nosotros lo creemos mejor, sea cual fuere su situación. Por fortuna, este medio no existe, y no se puede influir sobre los demás en tanto no se profesen sus mismas convicciones.

Vivid con arreglo a las exigencias de la conciencia, que los demás ya sentirán la atracción del bien.

El budhismo, lo mismo que el estoicismo, nos enseña que la verdadera esencia del hombre no está en su cuerpo, privado de libertad, y por tanto víctima de sufrimientos, sino en su conciencia espiritual, que no está sujeta a ningún sufrimiento.

El budhismo tiene por fin librar al hombre de sufrimientos. El estoicismo busca el bien de la persona. Por esto el ascetismo no es el fin ni el ideal de

la persona…

La doctrina de Budha, lo mismo que la de los profetas judíos (sobre todo la que se llama doctrina de Isaías) y las de Confucio, Lao-Tsé y un cierto Mi-Ty, poco conocido, todos los cuales aparecieron al mismo tiempo, seis siglos aproximadamente antes de Jesús, reconocen que la esencia del hombre es en su naturaleza espiritual.

En esto reside su mayor mérito.

Estas doctrinas se distinguen del cristianismo, que apareció después de ellas, en que se detienen en el reconocimiento de la espiritualidad del hombre y ven en esto la salud y el bien de la persona.

El cristianismo va más lejos.

Habiendo reconocido la parte espiritual del hombre (que es, según la expresión cristiana, el reconocimiento del Hijo de Dios en sí mismo), proclama la posibilidad y la necesidad de establecer sobre la tierra el reinado de Dios, o, lo que es lo mismo, el bienestar común que contiene en sí la idea de la paz general.

¿Qué me ocurrirá después de la muerte?…

Por fortuna, los hombres no lo saben y no sienten generalmente la necesidad de saberlo.

Si los hombres lo supieran, y si se convencieran de que la vida de ultratumba iba a ser peor que la vida presente, tendrían aún más miedo a la muerte. Y si supieran ciertamente que la vida de ultratumba iba a ser mejor, no se preocuparían de la vida presente y desearían la muerte cuanto antes.

Es por esto por lo que nosotros no conocemos el más allá, ni sentimos la necesidad de conocerlo.

Lo único que necesitamos saber es que nuestra vida no terminará nunca.

Y nosotros lo sabemos.

Toda la doctrina de Cristo está en esto: que el hombre tiene dos vidas; la vida corporal que se extingue y la vida espiritual que no cambia, ni se trans-

forma, ni se extingue jamás. «Antes que Abraham existiera, ya existía yo», dijo Cristo, y esto se refiere a todos nosotros.

Así que nosotros traspasamos nuestro «yo» en la vía espiritual, no vivimos más que para un fin espiritual. Por esto, nuestra vida no puede cesar. Ella es parte de Dios. Ella existía antes de nosotros y existirá después y siempre.

Debemos hacer el bien, no por miedo al infierno ni por la esperanza del paraíso, sino porque viviendo la vida espiritual, el hombre no puede desear más que una cosa: el bien. Y si el hombre cree en su espiritualidad no puede sentir miedo ante la muerte, ni creer en la nada.

¿Cuál será la otra vida?… El hombre no debe preocuparse de ella, si tiene fe en Dios-padre, de quien desciende, hacia el cual marcha, y con el cual ha vivido, vive y vivirá.

…Mi opinión sobre los Doukhobors del Canadá, es que desde el punto de vista material están muy unidos. Pero este movimiento demuestra además que en ellos está latente la cosa más cara y preciosa: el sentimiento religioso, no solamente pasivo y contemplativo sino activo y desinteresado, que les impulsa a la absoluta renuncia de los bienes materiales.

Hay que hacer constar que el bien material que ellos conservan a pesar de esto, gracias a la vida en común, no está basado más que en el sentimiento religioso. Este sentimiento religioso se manifiesta en ellos dejando en libertad a los animales domésticos para no caer en la tentación de sacrificarlos.

En algunos se ha manifestado también en una forma exagerada (me refiero a los que se han presentado desnudos en las ciudades); pero toda causa tiene en la infancia sus ardores excesivos.

León Tolstoy.

(Copiados del manuscrito del autor, por J. W. Bienstoch).

FIN

Nota sobre esta edición

Esta edición reproduce el volumen *La guerra ruso-japonesa*, de León Tolstói, en la traducción de Carmen de Burgos Seguí publicada en Valencia por F. Sempere y C.ª en 1904, a partir del ejemplar digitalizado por la Biblioteca Nacional de España. Reúne «La guerra actual», «¡Hombres, despertad!» (el folleto de 1904 conocido también como «¡Recapacitad!»), «La guerra hispano-americana y la guerra de los Doukhobors», «Cartago delenda est», «Pensamientos y fragmentos» y «Pensamientos inéditos de Tolstoy».

Se ha actualizado la ortografía según las normas vigentes de la Real Academia Española y se han corregido las erratas evidentes del impreso, entre ellas la fecha «31 mayo 1894» al final de «¡Hombres, despertad!», que debe ser 1904, y la grafía vacilante de algunos nombres propios. El texto de la traductora se mantiene sin otros cambios.

¡Gracias por leer este libro de WWW.ELEJANDRIA.COM!

Descubre nuestra colección de libros gratis de dominio público en castellano en nuestra web